

Los Coras

José Manuel Castro Simental

Mitos del maíz de nuestros padres

Armando Sánchez Gómez

Del pueblo a la ciudad

Blanca Méndez Ramírez

memoria histórica

- 1 El Huetamo que se fue
- 2 Diablos y demonios veracruzanos
- 3 Metepec: un pueblo como son
todos los pueblos
- 4 Los Coras / Mitos / Del pueblo







Los Coras

Mitos del maíz de nuestros
padres

Del pueblo a la ciudad



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

 **CONACULTA**
CULTURAS POPULARES

conafe

Los Coras

José Manuel Castro Simental

Mitos del maíz de nuestros padres

Armando Sánchez Gómez

Del pueblo a la ciudad

Blanca Méndez Ramírez

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Proced. _____

Primera edición: 1999

D.R. © Dirección General de Culturas Populares
Av. Revolución 1877, 6o. piso
San Ángel, C.P. 01000
México, D.F.

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo
Río Elba 20,
Col. Cuauhtémoc, C.P. 06500,
México, D.F.

ISBN 970-18-2311-7

Impreso y hecho en México

ÍNDICE

Presentación	9
--------------------	---

LOS CORAS (CRÓNICA DE UNA SEMANA SANTA EN TIYARO)

Domingo de Ramos	13
Lunes Santo	15
Martes Santo	19
Miércoles Santo	21
Jueves Santo	25
Viernes Santo	32
Sábado de Gloria	36

MITOS DEL MAÍZ DE NUESTROS PADRES

¿Cómo hacen la siembra y qué alimento consumen?	39
---	----

DEL PUEBLO A LA CIUDAD

Introducción	59
Churubusco: un "auténtico pueblo", 1930-1940	61
Tipologías familiares	65
Los ancestros de estas tierras	75
El ojo de Acuecuexco	76
Anexo	79

PRESENTACIÓN

Facultad esencial del ser humano es la de recordar, hurgar en la memoria e intentar reconstruir retazos de nuestra vida transcurrida. La memoria es un acto instintivo y a la vez una acción que se cultiva, se ejercita y se instruye. La vida diaria se va como agua; no solemos registrarla, no acostumbramos rescatarla. Hombres y mujeres de diversos sectores, rurales y urbanos, con oficios distintos y ocupaciones variadas, tienen un universo de conocimientos y saberes que sólo son recuperados por medio de la tradición oral. Vida cotidiana y memoria son los ingredientes que marcan la identidad de las personas y las colectividades. La memoria de nuestro pasado social y de nuestra vida diaria configuran nuestro patrimonio cultural y el autoconocimiento de los pueblos.

La memoria histórica, planteada así, intenta recuperar una historia frecuentemente oculta y no oficial, en la que se da un lugar a los personajes "comunes y corrientes"; no sólo a los famosos, sobresalientes y legales.

Con la memoria histórica emprendemos no una historia escrita, lejana, impuesta, sino la que los hablantes sienten como propia, llena de significados que les brindan una identidad cultural.

El concurso "Crónicas, tradiciones, relatos y memorias de pueblos y barrios", inauguró oficialmente el Programa Nacional de Memoria Histórica y Vida Cotidiana, y tuvo como finalidad la recuperación de diversas manifestaciones de la memoria histórica y la tradición oral popular existentes a lo largo y ancho del país, con las particularidades de cada región y localidad y que son parte de las múltiples identidades que nos conforman como nación. La Dirección General de Culturas Populares (DGCP) y el Consejo Nacional de Fomento Educativo (Conafe) comparten estos objetivos y por ello emprendieron juntos la organización de este concurso nacional.

Cuando se lanzó la convocatoria, había escepticismo. Pensábamos que habría pocos participantes. Creíamos que los tiempos de hoy no serían favorables para esta clase de acontecimientos promovidos más que nada "por amor al arte"... y a la cultura.

Los resultados del concurso fueron halagüeños: recibimos, de lo largo y ancho del país, cerca de cinco mil trabajos. Ello de-

muestra que aun en épocas difíciles, la gente quiere poner su grano de arena al hablar de su historia de vida, de sus tradiciones, experiencias, recuerdos plasmados en relatos, testimonios, crónicas, versos, etcétera.

Lo más valioso de los trabajos que recibimos —y por supuesto de los que fueron premiados— es que tienen un origen individual, unos, colectivo, otros, pero no oficial; no provienen de los libros de historia o literatura de México, sino de la riqueza de los saberes populares y la tradición oral que cotidianamente heredamos y transmitimos, una riqueza cuya veta podría encontrarse también, en espera de su explotación, en los libros.

La Dirección General de Culturas Populares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y el Consejo Nacional de Fomento Educativo, continuarán rastreando las remembranzas y los sucesos de la vida diaria mediante concursos, encuentros, talleres y otras actividades en las que esperamos que el ahora lector sea cómplice y participe de esta importante tarea que es mostrar nuestra identidad a través de la memoria escrita.

Los coras

(Crónica de una Semana Santa en Tiyaró)

DOMINGO DE RAMOS

Por medio de un escrito que va firmado por los gobernadores primero y segundo, así como por los centuriones, se cita al párroco a officiar la misa del Domingo de Ramos.

En Jesús María, la nación cora celebra la Semana Santa y es ésta su fiesta más importante. Hay danzas, cantos, plegarias, dramatizaciones, dolor, agonía y muerte. Durante la Semana Santa cora, la danza y la música son una unidad indisoluble.

El sincretismo religioso se manifiesta en singulares expresiones. Los coras tienen su propia interpretación de Cristo y los santos. La bendición de las palmas, la Pasión y muerte de Cristo, les son enteramente ajenas porque ellos tienen su propia versión del drama y una idea muy precisa del lugar, el tiempo y la forma en que debe celebrarse.

A las nueve de la mañana, en la iglesia ya desalojada de imágenes, han quedado únicamente la virgen del Rosario, la virgen de Guadalupe, san Miguel Arcángel, san Francisco, y Cristo: "el portero o el policía", o como lo denominan ellos: *Hatzikan*, *Taya-shure*, *Taya'o*, Santo Entierro, Nazareno o *Toakamuna*. El orden guardado en el recinto es notorio; al lado derecho se ubican las mujeres y los niños; al lado izquierdo, los hombres, los ancianos y algunos mestizos o "vecinos".

Al fondo se encuentra *Toakamuna* vestido con telas de satín color morado. Es una representación de Cristo crucificado a tamaño natural que data de principios de siglo; es una escultura hecha de madera a la cual se le han agregado, al paso del tiempo, otros elementos confeccionados con materiales diversos como cartón, papel maché, etcétera.

El Cristo es una escultura impresionante. Tiene encajados algunos huesos, aparentemente humanos, aunque su origen se desconoce. Mientras más horroroso y harapiento es, la devoción de los coras hacia él crece.

Una vez que empieza la ceremonia, los gobernadores se colocan al lado derecho de la escultura; cada uno lleva su vara de mando adornada con listones de color blanco, el primer gobernador, y de color azul, el segundo. Los centuriones se ubican del lado opuesto. En ese momento hacen acto de presencia los

tenanches, que son una especie de sacristanes; el *tenanche* mayor, guardián de la virgen del Rosario; el *muayu*, campanero mayor que hace sonar las campanas grandes; el *pizca muayu*, campanero menor a cargo de las campanas chicas; los *tupiles*, especie de policías; algunos mandaderos y varias personas más que participan en la organización de la “costumbre”.

Durante la misa, lo más importante para los coras es la bendición de las palmas que fueron traídas desde la costa por una misión especialmente designada para ello. En medio de un silencio casi total y estando todos con la vista fija en un solo lugar, escuchan el sermón que, en su idioma, les dirige el primer sacerdote cora en la historia canónica: el padre Felipe Altamirano.

Los gobernadores, seguidos por los centuriones y demás participantes, emprenden una marcha a manera de procesión hasta la Casa Real o Casa Fuerte, ubicada en la parte más alta del barrio de San Miguel; ahí, durante el transcurso de una reunión, darán a los participantes las comisiones que tendrán a su cargo al día siguiente.

LUNES SANTO

A las cinco de la mañana da principio la ceremonia que los coras denominan "la fabricación del tambor de parche y la *turu*". El tambor, como de 25 centímetros de diámetro por 35 de altura, está hecho de un tronco de higuera ahuecado al que colocan parches de cuero de venado en ambas bocas; los parches se sujetan fuertemente con aros y un cordón que sirve para templarlos. Encima de los parches colocan trozos de cartón redondeados en las esquinas para ahogar un poco el sonido y obtener el tono característico; por último, el tambor es envuelto en una manta.

Junto a los fabricantes del tambor, un músico fabrica la *turu*, flauta de carrizo: un punzón que tiene a su lado es calentado al rojo vivo en un brasero, del que se sirve para realizar su tarea.

La *turu* consta de cuatro orificios de escala al frente y uno en la parte posterior; lleva una boquilla que pega con cera y asegura con hilo "a la vuelta y vuelta" para, finalmente, darle los tonos. Estos instrumentos serán los únicos utilizados durante la celebración. Los músicos que participan en la fabricación de los instrumentos fuman el tabaco sagrado utilizando una pipa de carrizo largo; los coras que los acompañan fuman este tabaco liándolo con hojas de maíz y, según la tradición, el humo del tabaco sube al cielo; de esa manera pueden platicar con *Toakamuna*. El tambor de parche y el pito empiezan a tocar oficialmente al mandato de los centuriones que son los funcionarios religiosos más importantes durante la Semana Santa. Al mismo tiempo, da inicio la construcción de una enramada en el barrio de El Rosario y en ella se establecerá el centurión negro. Ahí podrá orar y "darle de comer a los santos", aunque la función más importante en ese lugar acaecerá los días jueves y viernes santos, puesto que servirá para recibir y ofrecer un gran banquete al ejército de "pintos" o "borrados".

La enramada consiste en un tejabán sostenido por cuatro largos horcones y riostras, cubiertos con ramas de la región: hojas de pitayo, palmas..., y la construcción queda terminada aproximadamente al mediodía; mientras tanto, los presentes deben observar un ayuno.

El *basta*, rezandero oficial, es el encargado de orar. Al llegar se coloca hasta el fondo de la enramada y los centuriones, tenanches

y tupiles se ubican frente a él. Detrás de éstos se acomodan los participantes en la construcción de la enramada quienes de pie, sin sombrero y con la cabeza inclinada, inician sus rezos en forma humilde, silenciosa y con profundo respeto.

Mientras esto sucede, desde los poblados aledaños van llegando los familiares de los involucrados. Llevan sus canastas repletas de comida que intercambiarán unos con otros. Esta comida se la ganaron los participantes con su intenso trabajo bajo el agobiante sol.

Al terminar la oración y en tanto se hace el trueque de comida, una comisión de tenanches llega con cántaros de agua fresca que los presentes beben ávidamente. Después, se dispersan hacia diversos rumbos en compañía de sus familiares. De esta forma da inicio el sacrificio de los participantes, pues se acercan días difíciles y espantosos.

A un costado de la Casa Fuerte, en el barrio de San Miguel, se elabora gran parte de la indumentaria que será utilizada durante la celebración: sables, bonetes, máscaras, huaraches, y carrilleras, de las cuales cuelgan caparazones de tortugas de río y bules. Dentro de estos objetos meten piedrecillas con el único fin de que brote el ritmo de sus trotes durante la toma del pueblo de Jesús María.

Todas estas actividades las realizan con el fondo musical de la Judea y fumando tabaco sagrado que hace siglos les entregó el Santo Entierro; actualmente simbolizado por una pequeña escultura, al parecer del siglo XVIII, que representa a Cristo muerto; además del nombre castizo que con frecuencia utilizan, los coras lo llaman *Taya'u*, "nuestro padre el sol"; *Tayarashure*, "nuestro abuelo fuego"; *Tateakuau*, "nuestro Dios"; *Tateawatzi*, "el alma que nos mantiene". También es el juez vengador, la autoridad suprema de Jesús María, la máxima potencia religiosa.

Durante el transcurso de la noche, poco a poco se van arrimando los judíos frente a la Casa Fuerte. Todos llevan su indumentaria impecable. La blancura de sus almas todavía no ha sido manchada por las pinturas ceremoniales. El monótono sonido del tambor de parche y de la flauta de carrizo no deja de tocar "El llamado", único son conocido por ellos, el cual indica que deben reunirse en la Casa Fuerte lo más pronto posible y hacer un breve entrenamiento o ensayo para familiarizarse con la coreografía de la danza y mú-

sica correspondientes. Conforme llegan los participantes se van incorporando a un gran círculo que se forma de espaldas al recinto. Los músicos se colocan primero; a sus flancos se ubican los capitanes, los cabos y luego los soldados, para que finalmente, frente a los músicos, queden los recién iniciados, estos últimos jóvenes; y rara vez se permite la participación de algún niño. Todos los involucrados deberán participar obligatoriamente durante cinco días consecutivos por catorce años, como un deber religioso; solamente al término de este lapso, los participantes podrán aspirar a ostentar algún grado superior como cabo, capitán o centurión negro, durante la Semana Santa cora.

El centurión negro es el guardián o soldado del Santo Entierro; él lo cuida y reza durante todo el año, y el Viernes Santo le da muerte. Es el rango más alto alcanzado por la "milicia" cora, y es quien conoce perfectamente la estructura y el desarrollo de la Semana Santa.

Los sones de la Judea son tocados y bailados por los participantes, siendo imitados por los recién iniciados. Los futuros *tíya'rus* o judíos llevan en la mano derecha un sable de madera que simboliza el poder que ostentan y que estará vigente durante los días santos. Las máscaras o *cháyecas* que cubrirán su identidad, las llevan colgadas sobre su cabeza, sin cubrirles todavía el rostro. Los reclutas no dejan de fumar en los descansos y siempre están atentos a las indicaciones de los capitanes.

Aproximadamente a las diez de la noche llega el máximo representante de los *tíya'rus* o judíos, el centurión negro. Su atuendo es impresionante: viste todo de negro, incluyendo el chaleco y moño que le dan ese aire de autoridad suprema; sus espuelas brillan en la oscuridad y su caballo es también bruno. De inmediato todos los participantes se ponen en marcha encabezados por el centurión negro. Detrás de él marchan los músicos, capitanes y fariseos. Estos últimos están formados por veinte indígenas que sirven de escolta al centurión negro, pero después se unirán al grupo del centurión blanco.

El centurión blanco es el protector divino de Cristo, san Miguel Arcángel, san Francisco, la virgen del Rosario y la Virgen de Guadalupe. Su obligación es cuidarlo y rezarle durante todo el año. El suyo es un servicio eclesiástico que comienza siendo un niño, con su representación del Nazareno durante la Judea.

Al unirse los contingentes de ambos centuriones, bajan trotando desde el barrio de San Miguel hasta llegar frente a la puerta del atrio de la iglesia donde el *basta* los espera. Los judíos sitian la iglesia. Inmediatamente, el centurión blanco y el rezandero empiezan a orar en su idioma durante algunos minutos, volviendo después a tomar su posición inicial frente al grupo, para emprender una marcha que recorre las principales calles de Jesús María, las cuales deberán tomar bajo su control durante los días santos. Cuando regresan a la Casa Fuerte del Santo Entierro, el centurión negro da órdenes a sus colaboradores más allegados para seguir la pauta al día siguiente.

MARTES SANTO

Antes del amanecer empieza a escucharse "El llamado". El tambor de parche obliga a los participantes a reunirse en una casa de cantera bruta que se encuentra a un lado de la Casa Fuerte; el peculiar sonido es insistente. Mientras, poco a poco, aparecen los convocados y aquellos que aún no han terminado su atuendo reciben un auxilio de la organización, entre todos se ayudan a completar sus vestiduras.

Los sables, máscaras, sombreros, carrilleras, huaraches, taparrabos y kepis son los implementos que les serán útiles para una mayor identificación dentro de los rangos de la Judea. En tanto empieza a vestirse de blanco, una comisión parte en busca del centurión blanco. Cuando lo encuentran, lo conducen hasta el barrio de la virgen del Rosario, para que dé comienzo la construcción de la enramada que albergará durante esos días al máximo representante eclesiástico de la Judea. En ese lugar se servirán sendos comelitones en los días santos.

Los extenuantes rayos del sol caen a plomo sobre los participantes, pero en ningún momento éstos interrumpen su labor. Los músicos acompañan el momento y tocan sin parar los sones que, de esa forma, son transmitidos a los recién iniciados.

Cuando la enramada sea terminada nadie la profanará. Todos buscan protegerse del sol a la sombra de los árboles o en las casas de los alrededores, en espera del centurión, quien da la orden de penetrar en el recinto para orar durante unos minutos. Al concluir lo anterior, las mujeres y los demás familiares de los participantes llegan con canastas repletas de tacos, plátanos, calabaza y miel, alimentos que intercambian entre ellos pero sin comérselos aún; después, todos los presentes se dirigen a sus casas para comer y descansar. A las seis de la tarde de ese día, en la Casa Fuerte, Casa Principal o Casa Real, se reúnen los ya "casi" *tiya'rus* ataviados con su vestimenta blanca. Conforme van llegando se incorporan a un círculo que va creciendo de acuerdo con el número de integrantes y entre ellos intercambian cigarros, puesto que no deben fumar los que cada quien trae. Posteriormente, un capitán invita a los recién iniciados a pasar al centro del gran círculo que se ha formado. Los iniciados no utilizan máscara, los identifica un bo-

nete o kepi. Algunos son niños todavía, con deseos de aprender “el costumbre”; algún día sustituirán a los grandes conocedores de la fiesta. Al volver a ocupar su lugar en espera de alguna orden, su rostro refleja la inocencia del drama. Por la noche, el centurión blanco se presenta montado en su caballo engalanado; llega escoltado por los fieles fariseos que van portando unas lanzas enormes a semejanza de los antiguos romanos de la época cristiana. El grupo lleva a cabo un reconocimiento o ensayo de todos los sones de la Judea. Con frenesí practican los movimientos eróticos de la danza de la tortuga. Al terminar el ensayo, el centurión encabeza la marcha con destino a la enramada de la virgen del Rosario, escoltado por los fariseos, capitanes, cabos y judíos que, en dos grandes filas cruzan el pueblo. Mientras oran en silencio, el caballerango llega con su hermoso caballo blanco al que guía hasta el pequeño altar colocado en la enramada. El centurión blanco monta el caballo y organiza la marcha en busca de las tierras que conquistarán, las mismas que en algún tiempo *Toakamuna* les otorgó.

MIÉRCOLES SANTO

De nuevo el son "El llamado" resuena con insistencia. Es temprano todavía y las actividades por realizarse han sido consignadas. A las ocho de la mañana todos se reúnen en la Casa Fuerte, forman un círculo y fuman cigarro tras cigarro. En posición de descanso, esperan la orden de los centuriones para salir a recolectar el "tabaco sagrado". Según la tradición, al fumar, el humo asciende al cielo y así establecen diálogo con *Toakamuna*. En esta ocasión son más de dos centenares de judíos y, por primera vez, los cinco capitanes con sus camisas negras, llevando al pecho un escudo blanco, se han reunido. Todos bajan en tropel a la orden del centurión; el sonar de los caparazones y las carrilleras que llevan colgadas en su cintura los delata.

Bajo el ardiente rayo del sol, los judíos inician la recolección del tabaco; llegan los capitanes y los músicos frente a la puerta de cada casa, en tanto que los judíos corren alrededor de ésta, simulando no dejar escapar al casero. Mientras llaman a la puerta, los músicos interpretan el son "Chaicuano tu cigarru". Apenas el casero vacía las cajetillas, o bien el tabaco en hoja, en la bolsa del capitán, la Judea emprende la carrera hacia la próxima casa. Es tanto el tumulto y la gritería en su loca carrera, que sólo se aprecia un conjunto abigarrado de máscaras y sables avanzar como un ejército victorioso. Esta calidad fantasmal de aparecer tumultuosamente, marca la pauta de los días siguientes.

Ese día los "vecinos" comerciantes cierran sus negocios para no ser robados o afectados por el ejército de coras que realiza el acopio del tabaco. Algunos coras comerciantes no cierran, lo que es muy notorio. Casi a las dos de la tarde llegan, cansados, a la casa del Santo Entierro para entregar el tabaco sagrado. Lo dejan en medio del gran círculo que han formado a la llegada; a continuación ensayan la "Danza de la tortuga" o "*Moritze 'mao 'bara*". Los familiares de los participantes están presentes con canastas repletas de tacos que intercambian entre ellos, como es la costumbre. No faltan los bules rebosantes de agua hervida con hojas de laurel, que les mitigará la sed, la insolación y el cansancio; éste es un remedio útil para estos casos. El centurión sale y da órdenes a los capitanes para que dejen el tabaco dentro de la casa del Santo

Entierro. El *basta*, el centurión, los capitanes, los fariseos y demás funcionarios religiosos, rezan en cora dando gracias a los dioses por la virtud concedida.

Durante la noche, en la enramada ubicada en el barrio del Rosario, se van congregando los futuros judíos y ordenadamente se colocan en dos grandes filas frente al lugar, en espera de los centuriones. Los fariseos llegan primero con la vestimenta de los centuriones. La música acompaña el momento mientras, espontáneamente algunos participantes realizan los movimientos pelvianos, característicos de la "Danza de la tortuga". Al llegar los centuriones, todos se despojan lentamente de la ropa cora que usan cotidianamente, guardando un respetuoso silencio. Después los fariseos, sin prisa y con mucho cuidado, visten a los centuriones con su color antagónico: negro uno, blanco el otro, colocándoles, finalmente, el sombrero. Esta ceremonia de vestir a los centuriones y bendecir a los caballos que utilizarán los mismos, es una costumbre que se ha seguido a través del tiempo y, de esa manera, representan el cambio de identidad y la toma de autoridad de los centuriones durante la Judea. El rezandero, que ha permanecido a un lado de los participantes, ordena a los caballerangos traer a las bestias para que sean bendecidas y les dice: "Sean buenos durante estos días de fiesta; el Señor los hizo caballos para que los centuriones los monten; no los vayan a tumbar o a causarles algún daño, el Señor se los agradecerá". Terminado, los centuriones recorren los cuatro barrios del pueblo que conquistarán al día siguiente.

Mientras esto sucede, en la casa del Santo Entierro los familiares no dejan de llevar los alimentos necesarios para el gran banquete: plátanos traídos de la costa, "blanquillos" apilados formando cerros en las esquinas, botellas de miel, sacos de arroz y frijol, quesos panela y montones de hermosas calabazas amarillas y jaspeadas cubren el suelo. Del techo cuelgan pesados bultos de pescado seco, tabaco, hojas de maíz, algunos instrumentos musicales para tocar los *minuetes* y varias pipas que serán utilizadas durante la ceremonia. Aproximadamente a las diez de la noche, en la enramada del Rosario, los *tiya'rus* son devorados por la "culebra del mar" que servirá para atar las manos del Nazareno después de su captura. La culebra del mar es una sogá extendida a lo largo de la calle que será jalada por dos grupos de judíos en dirección opuesta; el grupo vencedor caerá de espaldas al suelo, mientras los vencidos

lo harán de frente y mordiendo el polvo. Son varios minutos de forcejeo. Ambos grupos desean ganar pero, interiormente, también desean perder. En medio de la polvareda, luego de que han caído, se arrastran simulando contraerse en un éxtasis definitivo, representando que ya han sido devorados por el mar y, por lo tanto, ya son *tiya'rus* e irán a bailar la "Danza de la tortuga" frente a la casa del Santo Entierro, para darle muerte a través de sus cantos eróticos. Los *tiya'rus* esperan pacientemente el plenilunio para iniciar esta danza, sin dejar de fumar el tabaco sagrado para estar en contacto con sus deidades.

Empieza la danza al sonido persistente de la flauta y el tambor. Sus movimientos pelvianos son muy claros; imitan fecundar el sable, mientras el son "Las tortugas nada más de noche cogen" suena ininterrumpidamente. Hay momentos en los que dos juicios, en medio del gran círculo que han formado, se acoplan simulando llegar al "encantamiento". Los grandes conocedores, más de doscientos ejecutantes, se bajan el calzón de manta hasta las rodillas y, en ocasiones, se desnudan, llegando su miembro a la erección, masturbándose para, finalmente, llegar a la eyaculación. En la ejecución de esta danza, deben ocultar su identidad con máscaras que no se quitarán hasta terminada la fiesta el sábado de gloria. Mientras se desarrolla la danza, dentro de la casa, las mujeres lloran amargamente al agonizante Santo Entierro. El olor a incienso y el aroma de las florecillas silvestres llamadas *tai-kuairisporra*, sirven como ofrenda haciendo del momento un mundo mágico e inocente. Terminada la "Danza de la tortuga" se hace un ensayo final de todos los sones de la Judea: *Yate'ive na'ata une*, "Tengo comezón en el trasero y más arriba"; *Moasha shuite tasura*, "Venado caca redonda"; *Sa'arejti tikakai*, "La hormiga no tiene huaraches"; "El vaivén de mi huacal", *Tzacurite vua' atuve*; *Sa'arejti*, "El huarache al revés". Estos sones, que al oído del novicio suenan monótonos e interminables, sólo son identificados por los que están familiarizados con la ceremonia.

Los ceremoniales de "la quema de elote" y del "molinar las piedras blancas" son protagonizados por los recién iniciados y los que en el transcurso de la celebración han cometido alguna falta, o bien han desertado. En un recodo del río, en la playa, al norte de Jesús María, luego de terminada la "Danza de la tortuga", son quemados los olotes por los penitentes. Lo hacen solemnemente.

Primero excavan hoyos en donde colocan olotes que son encendidos con ocote; cuando están al rojo vivo los cubren con arena, y luego ponen en el sitio un palo que sirva como referencia para después, calculando que estén fríos, desenterrarlos, molerlos y hacerlos polvo negro..., como el mal. Al mismo tiempo, cerca de ahí, encaramados sobre enormes piedras, otros participantes muelen y remuelen las piedras blancas que producirán el polvo blanco..., como el bien. Estos polvos son utilizados como pinturas y, al ser combinados con agua, se usan en la pintura tradicional del cuerpo.

Esta labor finaliza en las primeras horas del Jueves Santo. Algunos participantes se quedan dormidos entre los peñascos, otros se dirigen a sus casas buscando un ligero reposo, ya que el amanecer está próximo y la difícil tarea de un iniciado es un constante ir y venir; acción que los mantiene activos y prestos para el desarrollo de lo que será su inminente metamorfosis.

JUEVES SANTO

Se coloca un escueto y preciso "Aviso importante" en los lugares más concurridos de Jesús María, dirigido al público en general, en estos términos:

Se comunica el cese de las autoridades y se exhorta a todos respetar los cuatro puntos básicos: no usar cámaras filmicas o fotográficas, no grabar, no circular en vehículos dentro del poblado y no bañarse en el río los días jueves y viernes santos. Agradecemos infinitamente las buenas intenciones que tiene el Instituto Nacional Indigenista y la Comisión del Museo Nacional de Artes e Industrias Populares. Por acuerdo unánime no se realizarán concursos de máscaras, bolsas y bonetes como en años anteriores y no se permitirá la venta de la indumentaria.

Rubrican el escrito con el sello y la firma del gobernador general de la tribu cora, de los centuriones y de los capitanes, sumándose el visto bueno del presidente municipal. Hecho esto, los coras reasumen el control total de Jesús María. A partir de este día, la Judea sustituye al municipio y se decreta la suspensión del trabajo.

Desde las cinco de la mañana, en el río, un poco más al norte de donde se realizó la quema de olotes y sobre unos grandes peñascos de cantera de tonos rosados, los participantes sufren la despersonalización en los "Camerinos infernales de los actores". Estos últimos son jóvenes que, semidesnudos, se "pintan" o "borran" como ellos lo designan, ayudándose mutuamente.

Artistas, pintores y maquillistas logran plasmar en sus cuerpos maravillosos diseños, pintando con polvo de olotes todo el cuerpo, y con polvo de arena blanca, anchas bandas circulares en torno del cuerpo. Utilizan sus dedos. Algunos judíos hacen sus diseños pictóricos basándose en la figura de sus máscaras, es decir, si es un toro, dará a su cuerpo la apariencia de este animal. Abundan coyotes, tortugas, chivos, perros, vacas, borregos, burros, etcétera; animales familiarizados con ellos, que toman figuras diabólicas al compás de la *turu* y del tambor de parche. Interpretan el son denominado "Música para muchas cabezas", para que todos empienen a borrarse. Los primeros en hacerlo son los cinco capitanes, conductores y responsables de la Judea. El resto es todavía un

confuso amontonamiento de cuerpos desnudos; la mayoría de los *tiya'rus* llevan taparrabos o calzones de manta arremangados, así como una carrillera, de la cual pende un caparazón de tortuga que simboliza su erotismo, y algunos bules con pequeñas piedras dentro y su colorida bolsa o morral.

Lo significativo de este ceremonial se logra al seguir el proceso de la metamorfosis. Unos se muestran como animales entremezclados con demonios, en tanto que otros dan la apariencia de ser ágiles y esbeltas cebras.

Los recién iniciados, a diferencia de los veteranos, sólo van pintados de negro: éste será su singular distintivo durante la fiesta. Los capitanes los arengan pues deben mostrar una resistencia física excepcional, conocer los cantos y plegarias, ayunar todas las mañanas, ejercitarse en las carreras del Viacrucis, aprenderse los movimientos coreográficos, es decir, las danzas, y combatir en una serie de pruebas agotadoras. En el ejército no se ven hombres maduros, mucho menos ancianos. La mayoría son jóvenes, adolescentes, algunos casi niños; sonríen admirando orgullosos y fascinados su despersonalización. Vuelven al río después de haber sido devorados por la serpiente maligna y del río saldrán transformados para darle muerte al Nazareno, Santo Entierro, Cristo, Dios, o llamados en cora: *Tayashure, Toakamuna, Hatzikan y Taya'o*.

Los bufones ceremoniales, que son los pintorescos viejos de la danza, desempeñan un papel de suma importancia en el desarrollo escénico del drama, pues actúan esotéricamente; utilizan máscaras de hule con gafas oscuras y uno que otro atavío extravagante. El taparrabo es minúsculo, apenas cubre los genitales y algunos, atrevidamente, borrando sus "partes", no lo usan; esto los hace verse más grotescos en su dramatización.

Cuando un judío ha terminado de "borrarse", se presenta ante un capitán para ser revisado, éste cuida que los participantes no desvirtúen los diseños pictóricos ceremoniales ni la indumentaria tradicional. De inmediato el *tiya'ru* emprende una veloz carrera, lleva el sable empuñado y levantado en la diestra, hace movimientos de vaivén al correr y levanta las rodillas exageradamente, para dramatizar a un diablo perverso.

A las nueve de la mañana casi todos se concentran a la orilla del río, donde forman dos grandes filas en espera de la orden del capitán; éste los coloca por orden jerárquico según el grado o años

de participación, también tiene en cuenta su resistencia física. Deben mantenerse en perfecto orden militar, sin dejar de fumar el tabaco sagrado. Los músicos acompañan el momento. Los sables o machetes de madera descansan sobre una piedra, no deben clavarlos en la tierra, ya que la noche anterior, frente a la casa del agonizante Santo Entierro, ésta fue preñada a través de sus danzas y cantos eróticos; la tierra está dolida y, una vez más, ha sido fecundada. Son casi las diez de la mañana, los últimos judíos son "borrados" con ayuda de un *tupil*, especie de mandadero que hace pequeños servicios. Éste es un cargo de jerarquía menor, aunque el cumplimiento de su labor requiere muchos años.

Todo lo bueno y todo lo malo ha nacido en el río para los coras, los *tiya'rus*, en número de cuatrocientos, esperan la orden del primer capitán para la toma completa del pueblo. Mientras tanto, cuatro rezanderos, uno por cada barrio, acompañados de dos tupiles, cavan un hoyo en la calle, frente a la iglesia, y depositan una ofrenda de algodones, flores *taikuarisporra*, comida y sotol, con el fin de honrar a sus dioses subterráneos: la tierra, el agua y el fuego.

Los *bastas* adoptan una actitud dominante pero a la vez humilde; rezan en su idioma oraciones que se prolongan por más de media hora; concluidos sus rezos, los ayudantes protegen la ofrenda con una piedra plana y la cubren de tierra; aunque han borrado toda huella, saben que bajo sus pies, en sitios desconocidos, existen innumerables deidades con las cuales deben mantener comunicación precisa. Al mismo tiempo, dentro de la iglesia, cinco violines, dos guitarras, una flauta de carrizo llamada "de cuaresma" y un triángulo metálico, interpretan minuets religiosos que suenan tristes, como tristes parecen los mayordomos que profanan el Santo Entierro o "santito" tras el altar. Luego de ser profanado, lo tienden frente al altar sobre mantas y cobijas de lana que simbolizan las capas de la tierra. El mayordomo mayor, cerrando sus ojos, reza con la cabeza inclinada y algunas lágrimas afligidas asoman en su rostro. Dos ancianas coras, encargadas de quemar el copal, desconsoladamente le lloran al Santo Entierro. Las danzas, las ofrendas y el humo del copal, hacen incierto el momento. Los doce apóstoles, guardianes del Santo Entierro, se mantienen en actitud reservada por la deshonra cometida.

El centurión blanco es el encargado de otorgar a cada uno de los miembros del ceremonial el peyote sagrado, humilde creatura del desierto, como lo describe Alberto Santoscoy en su libro *Obras completas*. Algunos sargentos, cabos, músicos y contados judíos se agregan a la ceremonia con la esperanza de obtener un poco de remedio útil para esos casos.

La actividad es general, el *Muayu* y el *Pizca Muayu* hacen sonar las campanas de la iglesia mientras los coheteros, desde la torre, prenden en la cañada los petardos que logran oírse a larga distancia. Al oír los cohetes, el primer capitán de Judea ordena salir en dos grandes filas al ejército de *tiya'rus* que esperan pacientemente la señal; salen corriendo, haciendo movimientos de vaivén. Una fila se va hacia el sur por la orilla del río, la otra por el borde del barrio de San Antonio, llegando a San Miguel, la parte más alta de Jesús María; de esa forma, logran sitiar el pueblo en unos cuantos minutos. El pueblo ya fue tomado, ya les pertenece: llegan a la presidencia municipal, al edificio de la partida del Ejército Nacional y, por último, a la iglesia, simbolizando con ello la toma de los poderes. En ese momento comienzan un Viacrucis por el pueblo; tienen que dar siete vueltas, lo que representa una prueba agotadora. Deberán recorrer las calles principales de Jesús María haciendo notar la resistencia física de cada uno de ellos. Los participantes que sufren mareos, vómitos o desmayos, son atendidos por el médico del lugar, quien los ayuda a recuperarse para que se incorporen de nuevo a las filas de *tiya'rus*.

Los *tiya'rus*, haciendo gala de su fortaleza física, se desplazan entre los barrios tomados a su cargo, emprendiendo largas y veloces carreras de clara estrategia militar. En estas desaforadas carreras sólo se ve aparecer y desaparecer al ejército victorioso. A medida que dan vueltas al pueblo es más lento su caminar, aumentando la monotonía al son de los carrizos, bules y caparazones de tortuga. Cuando han transcurrido cerca de dos horas de sufrimiento, sin descanso alguno, se reúnen de nuevo en la plaza. Unas veces danzan, otras caminan lentamente, entrecruzándose, bajo un sol agobiante y sin ningún orden coreográfico. En la plaza, frente a los edificios tomados, centuriones, bastas, mayordomos y capitanes realizan la ceremonia del peyote, consistente en pelarlo hasta dejar la pulpa blanca y carnosa, cortándolo después en pequeños gajos.

Familias enteras se arrodillan frente al “santito”, las mujeres le lloran amargamente y, con sumo cuidado, le colocan ofrendas de flores y algodones en platitos de barro.

El algodón es para ellos algo especialmente sagrado. Cuentan los ancianos que “el algodón está hecho de hilos muy finos y estos hilos forman uno sólo, muy largo, tan largo que llega al cielo y después regresa a la Tierra, convertido en gracia divina”. Otras familias esperan para arrodillarse frente al santo sagrado y, después de colocar su ofrenda, pedirle algún milagro y besarlo humildemente. Al final, depositan algunas monedas en un pequeño cesto. En este momento ingenuo y fantasmagórico es impresionante lo que sucede: algunos “vecinos” curiosos ríen y murmuran cuando presencian el ceremonial, naturalmente sin concebir el contexto de la ceremonia.

En el pueblo se escuchan todos los sones de la Judea, pero cuando interpretan “La tortuga” se acoplan masivamente. Los bufones, al bailar este son, tratan de acoplarse con el mayor número de animales, delatados por sus grotescas máscaras o *cha'yecas*; rebuscan o aúllan según su condición, lo que es muy hilarante para los presentes.

Varios *tiya'rus* son pregoneros que van de casa en casa y frente a la puerta simulan leer un periódico viejo diciéndoles a los caseiros: “No debemos usar el río porque está prohibido, ni bañarse en él. Los hombres, las mujeres y los niños no deben trabajar. Las parejas deben de abstenerse de hacer sexo. Nosotros, los coras, debemos convivir en armonía, de igual forma con los ‘vecinos’. No debemos tomar tequila o alcohol, ni prender las grabadoras; debemos mantenernos en ayuno hoy, mañana y pasado. Aprender, cuidar y conservar ‘el costumbre’ porque así lo dispuso el ‘santito’ y así tiene que ser”. Cuando un “pinto” o “borrado” es sorprendido tomando agua antes de levantarse el ayuno, es exhibido y castigado por los capitanes, que le imponen una sanción: ésta puede ser un castigo con los sables hasta hacerle llorar por la severidad, sobre todo si es iniciante.

Casi a las tres de la tarde todo es monótono y lento. Algunos judíos demuestran mayor vigor, son los que probaron el “remedio”, es decir el peyote, durante el transcurso de la sofocante mañana. El cansancio y la resequedad de la boca hacen que algunos dejen de danzar, por lo cual son inmediatamente amonestados y

apurados con el sable por los sargentos. Mientras tanto, en la enramada del Rosario, las mujeres esperan a los *tiya'rus*.

La comida ceremonial ofrecida por el centurión blanco es lo más importante en ese momento. La abundancia alegra el rostro de los participantes. En forma sorpresiva el ejército, agotado pero victorioso, rodea la enramada; aúllan y se revuelcan, pidiendo clemencia y un poco de agua. Después de esto les está permitido beber. Al descubrirse el rostro para poder echarse un trago de agua, se ve en sus resecos labios e irritados ojos la penuria pasada en las últimas horas. La mayoría enjuaga su boca con agua fresca; lo que beben es agua hervida con hojas de laurel que toman tibia y a sorbos, lentamente. Este remedio los relaja y les quita la sed de manera milagrosa.

Después del intercambio del banquete ceremonial, los que vinieron desde las poblaciones vecinas como San Francisco, Santa Teresa, San Juan Corapa, Mesa de El Nayar, Presidio de los Reyes, Rosarito, Huaynamota y San Pedro Ixcatán, comen bajo las sombras de los árboles, recargados en los muros o buscando sombra en los portales de los tendejones. Otros descansan bajo la sombra de los árboles, mientras algunos se quedan dormidos, sin probar bocado alguno.

Luego del reposo, las campanas dan las tres "llamadas" para iniciar una procesión. A las cinco de la tarde, en andas, son sacadas las imágenes de la Virgen de Guadalupe, san Miguel Arcángel, san Francisco y la virgen del Rosario, van escoltadas por dos grandes filas que caminan a los flancos de la procesión, por el ejército de *tiya'rus* que no permite que nadie abandone la marcha; sin embargo, a su paso incorporan a las personas que encuentran, logrando con ello un grupo muy numeroso. Las alabanzas religiosas y los cantos a capela se escuchan. Han callado el tambor y la *turu*; se percibe también el sonido que producen los sables al ser arrastrados, ya que en esta ocasión no los blanden amenazadores sino que los llevan humildemente, como presintiéndolo su traición que derramará la sangre de Cristo. Terminada la procesión, que se desarrolla en las principales calles de Jesús María, todos vuelven a la iglesia donde los fieles se quedan a oír misa.

La noche del jueves también tiene mucha actividad pues se prepara el festín del día siguiente. Para ello han sido "arrestados"

coras, vecinos y visitantes que ayudan en la elaboración de los alimentos de cuaresma que no incluyen carne roja. Este proceso termina en la madrugada del viernes. Durante la siguiente noche, los participantes descansan de nuevo en los patios de las casas, a la intemperie, sin cobijo alguno; sólo a esa hora se disfruta del fresco de la madrugada; sólo a esa hora hay un suspiro de reposo, ya que el siguiente día será de extenuante ajetreo.

VIERNES SANTO

Como a las cinco de la mañana, el son "El llamado" suena para dar aviso a los participantes, quienes deben reunirse para sufrir nuevamente su metamorfosis en los "camerinos infernales". La pintura ceremonial está hecha de un árbol que ellos llaman "palo de Brasil", que en agua hirviendo les da el color rojo. Los demás colores los obtienen de anilinas disueltas en agua, aunque ya desde hace algunos años vienen utilizando pinturas vinílicas plásticas.

Todo empieza a vestirse de colores al ritmo de la monótona música. Este día aumenta el número de participantes. Los hombres se "borran", danzan y cantan a sus ancestrales deidades. El comercio es abundante. Los tendejeros venden desde una aguja hasta una sofisticada grabadora. Con el deseo de ver y besar al Santo Entierro, familias enteras llegan a Jesús María.

A las ocho de la mañana, los *tiya'rus* están a la espera de que repiquen las campanas de la iglesia. Al escuchar el ruido de los cohetes, como si se tratara de un carrera de maratón, sitian en pocos minutos el pueblo, para después tomar simbólicamente el edificio de la presidencia, la guarnición y la iglesia. Se realiza de nuevo la ceremonia del peyote, como si el jueves fuera una película en blanco y negro, y el viernes, una de colores.

Durante la mañana, los tiznados o "borrados" negros, hacen la farsa de buscar al Nazareno por todos los barrios. Un chiquillo de siete años simula ser el buscador de presa; a estos adolescentes se les denomina "los perrillos". La actividad que estos pequeños actores desempeñan es la de simular que olfatean, buscando el rastro del Nazareno; van al frente de largas filas que corren por las calles simulando tal búsqueda. Cuando llegan a la casa-escondite, la rodean para que no escapen el Nazareno ni su acompañante. El primer capitán de los judíos habla en voz baja con el casero, al oído, casi en secreto; al terminar la entrevista se ve claramente que no llegó a ningún acuerdo, ya que el Nazareno y su acompañante huyen a toda carrera, pasando en medio de las dos grandes filas a las que simulan golpear; cuando el Nazareno está lejos, se levantan los *tiya'rus* iniciando otra vez la persecución, corriendo siempre por los barrios del pueblo; es un acoso de veloces y seguidas carreras.

El Nazareno es hecho prisionero en la parte baja del barrio de San Miguel y lo atan con la "soga del mal"; enormes higueras, que representan el huerto de los Olivos, resaltan el momento. Es conducido hasta la puerta del atrio de la iglesia donde lo esperan los consejeros, quienes piden al rezandero haga saber las buenas nuevas: "nuestro Santo Entierro está muy contento en este año, el Grande (dios) nos va a ayudar y no solamente a nosotros los coras, sino también a los vecinos y a todos aquellos que vinieron desde lejos a ver 'al costumbre'. En este tiempo de aguas va a llover mucho porque el Grande así lo quiere y nosotros tenemos que trabajar mucho, cuidar los animales, el cuamil y ayudarnos unos a los otros, no ofendernos entre nosotros ni a los mestizos porque si no es así, nuestro 'tata grande' se puede disgustar y entonces lloverá poco; si esto sucede habrá mucha hambre y hombres, mujeres y niños se enfermarán y algunos hasta morirán".

Cuando se produce un remolino de viento, mezclado de tierra y basura, todos tratan de esquivarlo refugiándose en paredes, árboles y casas, aullando como verdaderos animales asustados; para ellos, este fenómeno les traerá enfermedades, mala suerte y en ocasiones hasta la muerte. En el patio principal danzan por varias horas, bajo los calcinantes rayos del sol. Han adquirido más energía y es notorio el brío en aquellos danzantes que rompieron el ayuno con peyote.

En la enramada de la virgen del Rosario se prepara el gran banquete ceremonial que ofrece el centurión negro; se pueden observar muchas cazuelas repletas de arroz, frijoles guisados, calabaza empanochada y rebosantes ollas con pescado seco forrado con huevo y en caldo; también hay miel con plátano, quesos y panelas, sin faltar los cántaros y tinajas con agua fresca. Las mujeres esperan para dar de comer y beber a los agotados actores que se mantuvieron en ayuno durante la mañana; puede apreciarse el rostro afligido de algunas mujeres de los participantes.

Mientras tanto, en los portales espera el centurión negro. Los fariseos, cómplices de un cometido en el que darán muerte a *Toa-kamuna* en sólo unas horas, lo escoltan al igual que a su caballero. Su atavío y el calor los hace sudar en abundancia mientras se dirigen al lugar del festín que otorga la Judea.

El *tenanche* mayor espera la hora en que le llevará de comer a los "santitos". Ésta es una sencilla ofrenda que consiste en algo-

dón silvestre, de significado divino; unos cuantos pedazos de tortillas elaboradas de maíz de diversos colores; arroz, frijoles, chile y sotol; algunos muvieses y venablos o flechas adornadas con plumas, de los cuales penden varios tamales pequeñísimos. Todo esto se coloca en un platito de barro. Cuando estas ofrendas son llevadas a la iglesia, se levanta el ayuno. Algunos participantes se acomodan en la enramada. Rodeándola, aúllan como fieras, gritan, golpean el suelo con los sables y hablan a gritos pidiendo clemencia. El centurión autoriza a los capitanes para que una sola vez permitan a los participantes beber agua y, mientras los *tiya'rus* se refrescan con ansiedad, las mujeres empiezan a repartir la comida. Los *tiya'rus* buscan un lugar que les dé sombra. Más de uno sufre desmayos debido a la desnutrición y al esfuerzo realizado. Después del convite y de un ligero descanso, se congregan frente a la iglesia en actitud de espera, así como los fariseos lo hacen en las afueras del ayuntamiento.

En el altar de la iglesia, *Toakamuna* da la impresión de estar más harapiento, quizá por su eminente caída que ya sospecha. A prudente distancia, la personalidad del centurión es evidente; lo único que ha agregado a su indumentaria es una lanza de otate de más de dos metros, pintada de negro y con la punta plateada. Los fariseos corren a su encuentro, luego de que le fuera entregada la lanza en la casa del Santo Entierro. Llegan a la puerta del atrio, todavía afuera del templo, y rezan en su lengua materna durante varios minutos frente a los demás funcionarios religiosos.

Los "demonios" cercan la iglesia mofándose del clérigo y de todo lo que representa el rito católico. Con andar firme, el centurión se dirige a la puerta principal de la iglesia; a su paso se escucha el ruido metálico de las espuelas, siendo escoltado por los fariseos que blanden sus lanzas de manera amenazante. En el altar, de manera desafiante, fija sus ojos unos momentos en la imagen de *Toakamuna*. Sube por unas pequeñas escaleras y, sin pensarlo, lo lanza en tres ocasiones, simbolizando con este acto la muerte del "salvador", la muerte de *Toakamuna*. Con el rostro inclinado, lloran algunas mujeres; silenciosamente y sin ningún gesto lo hacen también los hombres y ancianos que conocen "el costumbre".

Así, aun cuando el centurión negro mantuvo su culto, administró sus propiedades, cuidó de su casa, cultivándole amor y veneración sin límite, ese día, viernes santo, le da muerte, adjudicándose

la responsabilidad ante la nación cora. Los fariseos, cubriendo sus rostros con paliacates, ocultando su vergüenza y para no ser manchados por la fresca sangre del asesinato, son los primeros en huir de manera cobarde. A las cinco de la tarde, cuando el sol da señales de ocultarse, con sus sombras que se alargan inalcanzables, detrás de la iglesia, los *tiya'rus* se dividen en dos grupos rivales. Como si la felonía cometida contra el Santo Entierro los hubiera enloquecido, inician un indomable combate a sablazos. Conforme pasa el tiempo, en lucha cuerpo a cuerpo, los combatientes de un bando simulan caer muertos hasta no quedar ninguno. Los que forman la tropa vencedora celebran la victoria de un modo verdaderamente primitivo y salvaje: danzan, cantan, gritan, aúllan, brincan, corren como verdaderos demonios. Después, vencedores y vencidos se dirigen disciplinadamente a la casa del Santo Entierro. A un costado, los vencidos se tiran al suelo formando una hilera, simulando estar muertos. Los actores demuestran con su representación el conocimiento del drama y la Pasión de Cristo. Los *tiya'rus* vencedores, actúan simulando cortar con el sable sus extremidades y cabeza y, por último, los genitales que, en apariencia, arrojan a los presentes.

El “perrillo” se acerca a los vencidos, los olfatea y los toca, significando con esto que tiene el poder de “revivirlos”, y cuando éstos “reviven” se produce un nuevo enfrentamiento; con el resultado final de la derrota del grupo que en la primera matanza resultó victorioso, en forma alternada son vencidos y, a la vez, dominan. “Este episodio fue prohibido por las autoridades tradicionales en el año de 1982 debido a que los combatientes pelearon con tal vigor, que algunos casi lograron darse muerte, producto de añejas rencillas y resabios no consumidos.”

Antes del anochecer, pasean en andas la imagen de Nuestro Señor Jesucristo cargando la cruz. Los *tiya'rus*, en su gloria y derrota, arrastran los sables al caminar; el olor a incienso y las alabanzas se pueden percibir a distancia. Entremezclados, coras y “vecinos” crean una atmósfera de unidad, aunque al día siguiente lo pagano y religioso los tornará a su verdad.

SÁBADO DE GLORIA

En todo el pueblo hay duelo. A las seis de la mañana, en ambos bandos, hay una actividad febril. Preparan la quema de "Judas". En lugares dispuestos de antemano, colocan montones de zacate con el que, una vez encendidos, comienzan un pugilato que se prolongará hasta las ocho de la mañana. Con la punta del sable forman los montones de forraje encendido y se los arrojan entre sí, causándoles, en ocasiones, quemaduras serias, sobre todo en el cuero cabelludo y la ropa. Se organizan pequeños duelos. Al mismo tiempo, una agrupación empieza a borrar todo vestigio que los pudiera delatar: desmontan o tumban las enramadas, juntan la basura y se preparan para recibir la "gloria".

Con la explosión de los cohetes y el repiquetear de las campanas de todos los barrios, los participantes emprenden una veloz carrera hacia las playas del río cora. El río Jesús María se lleva consigo todo vestigio de su demoniaca transfiguración: la pintura ceremonial, la máscara, las carrilleras con pequeñas tortugas y el sable.

De las seis de la tarde en adelante, en la Casa Fuerte, reunidos músicos y bailadores, comienzan los sones de tarima y potorriscos. El grupo es pequeño aún; la embriaguez es notoria, los primeros en subir a la tarima son los novatos, ávidos de mostrar su cultura y costumbres; herederos, por vía práctica, de la destreza y música de sus ancestros. Conforme pasa el tiempo, la celebración se hace cada vez más interesante. Músicos y bailadores de reconocido prestigio se hacen presentes para realizar un verdadero espectáculo con su actuación. El lugar es insuficiente; no pueden estar todos. Las botellas se consumen y, sobre la tarima, que consiste en un tronco de madera ahuecado, se baila a "raíz", produciéndose un sonido característico por la acústica lograda al poner la tarima boca abajo. Es tan fuerte el sonido que puede ser escuchado a considerable distancia. Los "buenos" se toman todo el tiempo que deseen bailar. Se acompañan de sus mujeres; son ellas quienes indican el tiempo, apoyándose con el pie izquierdo y marcando ligeramente con el pie derecho hacia el frente. Ellos llevan la parte creativa, los redobles de talón. Los tiempos marcados dan cadencia a la música. Los violines, guitarras, la tambora y el triángulo interpretan un número interminable de sones y potorriscos.

Mitos del maíz
de nuestros padres

La sagrada siembra del maíz, que año con año realizan los habitantes oxchuquenses, se realiza dos veces; la primera es la del maíz, que denominan en lengua tzeltal *tsajal ixim*, por los diversos colores del grano, que de acuerdo con el calendario maya *tzeltal*, siembran del 3 al 12 de *jun-ol*, equivalente a los últimos días de marzo. La segunda siembra del maíz blanco *sakwaj ixim* es en el mes maya *jok' en ajow*, del 6 al 14, es decir, en los últimos días del mes de abril. La preparación del suelo del maíz *tsajal ixim* lo hacen alrededor de la casa y ésta consiste en la deshierba de la milpa anterior, a veces basta una hectárea; en cambio, la preparación del suelo de maíz blanco (*sakwaj ixim*) consiste en la roza y tumba de árboles; y en su preparación emplean entre 4 y 6 meses; antes de la quema hacen una guardarraya para evitar incendios forestales y, después, esperan una semana para la siembra.

En esta limpia utilizan el mismo instrumento llamado *luk* o *coa*, ya que el lugar del sembradío es, mayormente, pedregoso, teniendo que realizar hasta dos limpias. En cambio, para la limpia del *tsajal ixim* usan el azadón por corresponder a la tierra que está en el contorno de la casa, que es aplanada, y en la que deben realizar hasta tres limpias.

¿Cómo hacen la siembra y qué alimento consumen?

En la siembra del maíz que realizan, año con año, los oxchuquenses, existe una reciprocidad: se juntan de 10 a 15 familiares y vecinos cercanos, sembrando de 3 o 4 granos de maíz acompañados con frijol, llamado en lengua tzeltal *x-ajk'il chenejk'*, o sea, "trabajo de niños", quienes, después, siembran donde quedaron sembrados los granos de maíz y, al mismo tiempo, lo cubren o tapan con tierra. Al terminar la siembra, se alimentan de lo que haya preparado la dueña de la casa: recaudo de chiles con huevo hecho de masa (*nelbil ich*), tamalito de frijol (*petul*), atole agrio, frijol de olla y tortillas. Los que no puedan consumir todo el sagrado alimento de la siembra tienen que llevarlo a sus casas, lo que se llama en la lengua tzeltal *puxbil waj*. También llevan como obsequio

atole agrio para que puedan consumirlo después, con toda la familia.

Antes de tomar los sagrados alimentos, dirigen un rezo a su santo patrón, que está en el cielo. Esta plegaria, de mi abuela Julia López Gómez, dice así:

Dios Padre, Señor,
te pediré favor.
En este día, estoy a tu frente parado,
estoy a tus pies parado.
¡Está bien, Señor;
acompañanos a sentarnos,
hasta donde llega tu vista,
Dios Padre!
¡Está bien: acompañanos,
dános tu benevolencia,
con mis hijos, con mis vástagos,
todos son mis hijos,
que estamos congregados aquí
y aquí tenemos dos hermanos nuestros,
también a ellos dales bendición,
gracias a ellos, que nos ayudaron en la siembra!
¡Por nuestro alimento,
porque vivimos en la tierra,
tenemos que comer!
Nos sirve para nuestro alimento,
lo que hay en la Tierra,
lo que nos dejaste dicho,
Dios Padre;
tenemos nuestro alimento;
si trabajamos, dijiste:
si sudaste para hacer tu alimento,
así solamente tienes comida,
dijiste.
Señor: ¡está bien,
acompañanos, cuidanos,
con mis hijos,
los que llegaron en la siembra,
los ayudaste, los acompañaste;

llegaron bien a la casa,
los dejo en tus manos,
entrarán a desayunar, a almorzar,
danos la bendición.
Señor, a todos,
danos tu resplandor,
danos tu benevolencia aquí.
Tú eres el Gran Señor,
estás en el cielo;
dueño del firmamento,
me pusiste bajo tu mano,
me dejaste bajo el árbol,
me dejaste en la Tierra!
¡Está bien,
nos tienes cariño,
no es igual tu corazón al mío,
no tengo cariño en mi corazón;
a lo mejor murmura mi corazón!
Padre viviente,
Señor viviente,
danos la bendición, Señor,
donde no me acordé de todo,
donde quedó sembrado,
bajo pedregoso;
donde quedó sembrado,
bajo la raíz del árbol
el sagrado maíz,
el sagrado frijol,
Dios Señor.
Tú lo vas a guiar, Señor.
Tú lo vas a cuidar, Señor,
dentro de los ocho días,
quince días.
Señor,
está nuestra vida allí,
por nuestro alimento,
que vendrá,
gracias Padre,
acompañanos.

Eso es toda mi súplica,
ayúdanos a todos.
Todo el tiempo,
gracias, Padre.

Los señores o *mamtikes*, sobre sus sagradas siembras del maíz, tienen la creencia de que no se puede jugar o tirar el alimento de la siembra; si se derramara el atole agrio, si se cayera el grano del frijol del tamal, dicen que la sagrada siembra del maíz sería sacada por los pájaros, por los ratones, o no crecerá; por eso cuando los niños entran a comer, son bien cuidados porque, si logran derramar el atole agrio o tirar el alimento de la siembra, llegará a suceder lo que acaba de narrarse.

Un señor del paraje Mesbiljá, don Tomás Gómez Tonchan, me narró sus creencias sobre la siembra del maíz; éstas son:

Hace tiempo, para la siembra del maíz, el dueño tenía que estar en ayuno un día y una noche, alimentándose sólo hasta que hubiera sembrado. Hace varios años todos los habitantes o *mamtikes* tenían la costumbre de alimentarse en medio de la milpa, hasta terminar su siembra. La dueña de la casa tenía que buscar una compañera para la preparación del alimento, que consiste en atole agrio y tamales de frijol; en cambio, el recaudo de chile con masa y los huevos se tienen que preparar en medio de la milpa, donde están sembrando. Esta costumbre se sigue todavía; fue olvidándose, poco a poco, cuando llegó otra religión al paraje Corralito hace varios años. Ahora ya no es así; nos alimentamos en la casa, pero no está olvidado el alimento de la siembra. Todavía hacen el atole agrio, los tamales de frijol, el recaudo de chiles con masa y los huevos que son los sagrados alimentos. Algunos *mamtikes* o señores quieren sustituir por otra cosa el alimento de la siembra; ya lo intentaron: dieron carne de alimento, pero la sagrada tierra no lo aceptó, no creció, no germinó el maíz. Se dieron cuenta y nuevamente volvieron a retomar la costumbre de sus padres.

Por eso, ahora no pueden sustituir la siembra por otro alimento.

Pregunté nuevamente al señor Tomás Gómez Tonchan: "Señor, ¿será que el maíz tiene una diosa?" "¡Sí hay!" "¿Cómo es, cuál es su nombre?" "La diosa del maíz la encontramos en la tapisca* de

* *Tapisca*: recolección del maíz.

una hasta dos; su característica es ser semiplana o son gemelas. Nuestros padres la adoraron y la pusieron en el altar a cada lado de la cruz y, si sólo se encuentran una, la ponen al pie. Es venerada durante un año y cuando vuelven a sembrar la milpa, la consumen en alimento”.

Lo interrogué de nuevo: “¿Señor por qué los olotes de la siembra los reservan o los enfilan en una horqueta?” Dijo: “Es la costumbre de nuestros padres-abuelos, porque el olote de la siembra no se puede tirar dondequiera, las creencias de vuestros abuelos dicen: ‘Si se tira o se juega no germinará el sagrado maíz; por eso, no se puede dejar dondequiera y tampoco se desgrana la puntilla de la mazorca, sino que se deja para que, después, sirva para hacer el atole agrio y las tortillas’ ”.

Anteriormente las siembras que hacían nuestros abuelos reunían hasta veinticinco personas, ahora solamente se juntan de 10 a 15 porque ya se rompió la armonía con nuestros vecinos y con nuestros hermanos para hacer la sagrada siembra del maíz.

Algunos de nuestros padres todavía festejan la milpa. El *mamtik*, Jacinto Sánchez Díaz, en San Antonio Ocosingo, que festejó la milpa con sus hijos y sus vecinos, me invitó a presenciar la fiesta para que en la milpa puedan empezar a tomar el jilote y a suplicar a la madre tierra que no se presentara algún perjuicio, tales como el viento, los animales roedores y malhechores. Se reunieron una tarde del día jueves para organizar las ofrendas: velas, inciensos, braseros, crucifijos, paños, sonajas y el sagrado aguardiente, lo que les permite implorar palabras bellas; después, quedó todo en orden en una canasta colocada en una mesa frente al altar. La plegería de don Jacinto dice así:

¡Eh, Padre Nuestro,
Dios Jesús!
La sagrada madre tierra,
la sagrada madre suelo,
tú la formaste,
tú la creaste,
me acudo a Ti.
Traigo conmigo mis velas,
Padre Nuestro,
sagrada madre tierra,

sagrada madre suelo;
acudo por esto,
por el permiso de
tus hijos;
ya hay jilotes,
pronto serán elotes,
por eso pedimos permiso;
sin miedo ni pena,
para cortar jilotes,
por eso pedimos permiso;
sin miedo ni pena,
para cortar jilotes,
y lo que haga con ella,
¡porque ya pedimos permiso
tus hijos!
¡Está bien,
suplico por ahora,
por las ofrendas,
suplico por ahora:
las cinco velas,
los cinco incensarios;
por el viento
tengo esa preocupación,
porque el remolino de viento
extienda sus brazos,
extienda sus mano allí!
Dios Padre,
hijo Dios,
Dios Espíritu Santo.
Amén.

Al término de la plegaria fueron a descansar, a dormir. El viernes, muy de madrugada, se dirigieron a la iglesia a hacer rezo con el Santo Patrón, para después ir a festejar las milpas junto al vecino y el hijo; todos se encontraban en ayunas. Al término del festejo, retornaron a la casa a comer lo que habían preparado para la fiesta de la milpa.

El rezo de don Jacinto dice así:

Dios Padre,
Dios hijo del Padre,
Dios Espíritu Santo.
Amén.

Está aquí la primera cruz,
apóstol san Miguel;
está la segunda,
Dios Espíritu Santo;
está la tercera,
san Pedro apóstol;
está la cuarta cruz,
sagrado Maestro,
Jesucristo Nuestro Señor;
está la quinta cruz,
imagen y semblanza de mi padre,
imagen y semblanza de mi abuelo *Ch'uy k'aal*,
Señor, Dios Nuestro.

Hoy, Padre Señor,
acudiré a Ti
por la sagrada gracia,
lo que te encomiendo.
Padre,
sagrada tierra,
sagrado suelo,
Padre,
arribaré a solicitar tu bendición,
por la sagrada gracia,
por la sagrada bendición del maíz.

Está bien,
quiero que sean
florecidos, sean los estilos de jilotes;
florecido sea el doblador tierno;
quiero ahora
que no se marchite,
que no sea puro tallo;
eso quiero,
eso me sirve,

cuando está bien desarrollado,
eso es mi sustento
en un pedazo de tierra,
en un pedazo de suelo.
Padre, sagrada tierra.
Patrón, ahora te encomiendo,
te suplico por las cinco velas,
las diez velas,
que están en la milpa
de don Domingo,
son de dos dueños,
dales bendición,
hasta donde abarca su trabajo,
donde pasó su machete,
donde pasó su azadón;
quiero también
que crezcan las verduras,
las legumbres;
ya sea en la rozadura,
ya sea en el rastrojo,
donde está semiseco,
donde está el pequeño montículo
floreciendo; llegue allí
la sagrada gracia,
la sagrada bendición.
Señor Padre,
Dios Nuestro.
Ahora,
el colorido de su ropa, sea el sustituto de la milpa,
la brillantez de su ropaje, sea el sustituto de su mazorca.
Amo de la sagrada tierra,
del sagrado suelo,
de la sagrada gracia,
de la sagrada bendición;
del maíz amarillo,
del maíz blanco,
del maíz chimbo;
de frijol,
de calabaza,

de calabaza chica;
de verdura;
de legumbres.
Es milpa y sembradío de mi compadre
Domingo y de Hilaria Sántiz Gómez,
es de dos dueños,
por eso se ven dos líneas de velas,
dales bendición,
Padre, Patrón,
es el ropaje del día viernes,
que traigo para ti,
que te suplico con mi labio;
desde hace ocho días nos preparamos,
hicimos nuestro altar,
aquí te obsequiamos
tu ofrenda:
las cinco velas,
las cinco candelas;
en cada una de ellas
se encuentra mi paño,
se encuentra mi crucifijo;
dentro de los cinco días,
dentro de los seis días.
Por qué gestiono;
porque necesito mi comida,
mi alimento,
con mis mayores,
con mis pequeños;
por eso te encomiendo,
sagrada tierra,
sagrado suelo.
¡Ahora, te diré favor por esto,
mi enemigo
es el viento,
sagrada tierra,
sagrado suelo,
con esto nos impides
la sagrada gracia,
la sagrada bendición;

ya recibiste en tus manos,
tus ofrendas!
Ahora te diré el favor,
a que veas todo,
que les sea útil todo;
Patrón,
sagrada tierra,
sagrado suelo,
mi compadre y mi comadre.
¡Eh Padre, Patrón,
eso es mi palabra,
eso es mi súplica!
Ahora te diré el favor,
sagrada tierra,
sagrado suelo,
ya sea en la pequeña hondonada,
ya sea en la pequeña cañada
o en el paredón de tierra,
no impida allí, la sagrada gracia,
la sagrada bendición;
sea semblanza e imagen de su ropa,
sea semblanza e imagen del ropaje,
durante el año,
que mi sustento,
que mi alimento.
¡Eh sagrada madre tierra,
sagrada madre suelo,
es ésa mi súplica,
ésa es mi palabra,
recíbamelo,
tómalo en cuenta!
Ahora, te suplico el favor,
por los animales tales como:
la pea, el zanate,
el *wanchil mut* (zenzontle),
el gato del monte, el conejo,
el mapache y el puerco de monte,
todos ellos acudirán a comer allí,
también el hombre del mal corazón;

por eso, deberían ver todo completo tus hijos,
tus vástagos,
Patrón, Señor.
Ahora: sagrada madre tierra,
sagrada madre suelo,
te suplico ahora,
ya te pedí favor,
ahora hay enemigos:
el hombre forastero,
de otra tierra o comunidad,
que no venga a molestarme:
un oxchuquero,
un sanmartinero,
un ocosinguero;
ahora te encomiendo,
sagrada madre tierra.
¡Eh Patrón, Cristo rey,
párese por él,
encima del paredón
donde está el último límite,
envíalos
hasta donde está la raya,
hasta donde está el mojón;
donde me encuentro
con mis colegas,
con mi esposa
y mis vecinos.
¡Patrón,
eso es mi súplica!
Hoy es viernes,
ahora
te suplicaré
otro favor Patrón por
los otros enemigos,
el otro hombre de la comunidad,
de otro lado.
Ahora,
que no den un paso aquí,
un hombre San Marcos,

un tenanguero,
que no acuda a molestarne,
que no impida la sagrada gracia,
la sagrada bendición.
Cúbranos con su brazo
Patrón Cristo Rey
protéjanos con la palma o la sombra de su mano;
que pasen por el cerro,
que pasen por la colina,
los enemigos.
Por el viento,
te suplico el favor;
ahora te suplico el gran favor,
párese por nosotros.
Patrón, Cristo Rey;
por los hombres cancuqueros,
por los tenangueros,
por los huixtecos,
por los chamulas,
que no acudan aquí,
donde me encuentro,
donde nací,
los cuatro que somos;
por eso gestiono,
así no llorará,
haz que no lloren por su alimento,
tus hijos,
tus vástagos,
Patrón, Señor.
Ahora:
por los hombres de Tejerías,
un pedrano,
no quiero
que entre por aquí,
que acuda aquí,
protéjanos con su brazo,
Patrón, Cristo Rey,
amo de la milpa,
Patrón, gran Dios,

reciba nuestra palabra,
sagrada madre tierra,
sagrada madre suelo,
ya te supliqué.
Ahora es viernes,
te encomiendo
que no impidas
la sagrada gracia,
la sagrada bendición;
sea semblanza de su ropa,
sea semblanza de su ropaje,
durante el año,
durante el año de vivencia,
que me sustentó
con los grandes,
con los pequeños;
es aperitivo de mi labio,
de mi corazón,
Señor, Dios Padre,
ésta es mi palabra,
ésta es mi súplica;
así hicieron los primeros
buscadores de tierras;
mis primeras madres,
mis primeros padres,
los primeros servidores,
las autoridades,
así se sustentaron,
así se alimentaron;
les sigo sus creencias,
los primeros padres.
¡Eso cree mi corazón!
Donde no alcance su labio,
donde no alcance su corazón,
qué hago:
si después nací, después crecí,
le supliqué frente a su semblanza.
Ahora
te encomiendo,

por esto, Patrón, Señor,
Dios Nuestro.
Ahora
Eso es toda mi súplica,
eso es toda mi palabra,
no tiene valor lucrativo,
no tiene precio,
la sagrada súplica,
la sagrada palabra.
Está bien, Señor,
Dios Nuestro,
florezca, dale calor a mi palabra,
a mi sentimiento;
sagrada madre tierra,
tomaste en cuenta,
mi palabra,
lo que dije,
que se bendicione,
que tenga generosidad,
ya te pedí el favor;
iniciaré a recibir en mi mano,
con mi compadre,
la sagrada gracia,
la sagrada bendición.
Ya se ve, Señor.
Está bien, Señor,
Dios Padre
hijo de Dios,
Dios, Espíritu Santo.
Amén.

Los habitantes del pueblo de Oxchuc, cuando llegan los días de la siembra del maíz, utilizan y cuentan un calendario maya tzeltal. Solamente son dos las siembras *jul-ol* y *jok'en ajow*; la primera dura solamente nueve días y la segunda sólo ocho; si no se realiza la siembra en los meses mayas señalados por la madre naturaleza, ya no lo permitirá ni aceptará. Si lo hacen en los meros días, el maíz germinará y se desarrollarán mejor las plantas, obteniendo buenas mazorcas de maíz, sin necesidad de fertilizarlo.

Lejlem Xum es un cerro grande en el que durante varios años se vienen cultivando buenos alimentos, como maíz, frijol, calabazas, chilacayotes, verduras y otras leguminosas. Es el único lugar donde siembran primero el maíz, en los últimos días del mes *ajelch'ak*, aunque no haya llovido, ya que mantiene y reserva una fertilidad normal y guarda una temperatura fresca y húmeda por las piedras, por eso la siembra no se marchita por el sol. *Lejlem Xum* se localiza en el oriente del sol y pertenece a la comunidad de Chaonil y del barrio Santo Tomás o *muk'ul kalpul*.

El maíz es el cuerpo y vigor del hombre en su cotidianidad y además le sirve de medicamento. El maíz colorado sirve para la curación del espanto o para traer el alma perdida del hombre; solamente así curará el curandero. Tal como presencié a un señor curandero curar el espanto a un niño: pidió ocho granos de maíz color rojizo, los sumergió en una taza de agua y dirigió una plegaria a los patrones y guardianes de la sagrada naturaleza; al terminar de curar el alma perdida, dejó los ocho granos del maíz sumergidos en una taza de agua (la interpretación o la curiosidad que hay en ella). Si los granos del maíz logran parar p'arriba las yemas, de una a tres horas, quiere decir que el alma perdida se ha reintegrado a su amo y al cuerpo del hombre. En ese momento estarán los granos tres días sumergidos en la taza de agua, esperando que el alma o *Ch'ulelal* se reincorpore en su totalidad; y será hasta el tercer día cuando el enfermo los pondrá en el comal a dorar, ya que estarán suaves para comérselos. Así acostumbran a curarse nuestros padres.

El maíz chimbo también cura hasta lo más peligroso; su curación se debe al doble pelillo de color rojizo y muy pequeño que se llama en tzeltal *Cha'lam tsots*; se encuentra en la cabeza y en la espalda del hombre. Si los hijos de los señores llegaran a tener esta enfermedad, con el maíz chimbo se curan; si es el *Cha'lam tsots jolil*, doble pelillo de la cabeza, entonces lo hacen en una tortilla muy grande para forrar y envuelven con hoja de plátano la cabeza del paciente, ya sea persona grande o niños, dentro del temazcal durante tres días consecutivos y así se sana esta enfermedad. Sus características son: cuerpo amarillento e hinchazones que producen un líquido amarillo y, al soltar puses, significa muerte del enfermo. Esta enfermedad peligrosa no tiene curaciones con los médicos, sólo con los curanderos. Por eso nuestros mayores

siempre siembran el maíz chimbo e inician la siembra del día 6 al 14 del mes maya *jow'en ajow*. A nuestros padres les gusta hacer el maíz chimbo en atole agrio, por el color violeta que se obtiene en el atole; hay habitantes que lo utilizan para el atole del banquete de la siembra del maíz.

También se sabe que existió una diosa de maíz que vivió sobre esta faz de la Tierra y que contrajo matrimonio con un hombre llamado Cruz que no hacía muy grande su milpa, solamente en cuarenta metros cuadrados, y que cosechaba buenas cantidades de mazorcas de maíces cada año. Llegó el día de cosechar elotes y la diosa invitó a sus dos hermanas a traer elotes; pero su cónyuge se molestó muchísimo porque creyó que se llevaban todos los elotes de su milpa y decidió golpearla directamente en la nariz; le pegó a la diosa del maíz y de inmediato chorreó la sangre; la diosa tomó un elote y le quitó el doblador; con él se limpio la nariz sangrada, y así apareció el maíz rojo *tsajal ixim*. Más tarde, el cónyuge de la diosa, llamado Cruz, acudió a ver su milpa y al recorrerla vio con sorpresa que su amada esposa había sacado sólo un elote de cada esquina. El hombre Cruz dijo entre su corazón: “¿Dónde encontré suficientes elotes para que le diera a sus dos hermanas? ¡Si de mi milpa solamente sacó un elote por cada esquina!” Retornó a su casa muy feliz; de la golpiza cometida ya se había olvidado el señor Cruz.

La diosa del maíz no dejó de invitar a sus dos hermanas, sino que continuó y llevó nuevamente a sus hermanas a traer elotes y fue quitando cada elote por esquina. Al llegar a su choza, la diosa fue acogida por su cónyuge con regaño y golpiza, y dijo: “Putá madre, trajiste todos los elotes de la milpa y de mi trabajo”. La golpiza que dio el señor Cruz atinó en los ojos de la diosa y los dejó moreteados de dolor; la diosa tomó el elote, le quitó el doblador y empezó a calmar el dolor con él y ahí dio origen al maíz chimbo, porque limpió el ojo morado de la diosa. Y así quedó de color morado, el grano de maíz chimbo, conocido ahora en la vida.

Conforme a la creencia de nuestros padres-madres, cuando llega el tiempo de comer elotes, empiezan cortando de esquina a esquina y de lado a lado de la milpa, para que no se desaparezca la milpa; ya sea anciano y anciana quien acuda por los elotes, así debe hacer, como lo hizo la diosa del maíz que habitó en esta faz de la Tierra.

Los cuidados que nuestros padres dan al sagrado maíz son los siguientes:

A todas la amas de casa les están encomendadas, en sus manos, las mazorcas del maíz durante el año para su sustento. Las madres son las que acuden a la troje a levantar las mazorcas, la cantidad de mazorca que necesitan para la tortilla, el pozol y para el alimento de los animales domésticos para ese día. La razón para que todo vaya en orden, como está ordenado y formado para las mazorcas del maíz, es que no desaparezcan por sí solas al consumirlas. También que si cualquier persona acude a la troje a levantar las mazorcas, se pierde, así solo, el sagrado maíz, y no les rendirá para el consumo durante el año de la otra cosecha.

Si hay familias que viven juntas en un solo hogar, con sus hijos y la nuera, tienen una sola milpa y está en una sola troje ordenado el maíz, no podrá ir la nuera a levantar los maíces en la troje, sino solamente lo puede hacer la suegra, para que vaya en orden y no desaparezca por sí sola.

Todo depende de cómo son sus creencias. Mi abuelo, cuando vivía junto a sus hijos y nueras, dejaba levantada de la troje los maíces para el consumo diario, pues en aquel tiempo mis abuelos consumían 15 mazorcas diarias y 10 para los pollos; al año consumían un total de 18 980 mazorcas de maíz, es decir, cosechaban más de 47.45 zontles, entre los años de 1960 a 1970.

La costumbre de los oxchuquenses para levantar las mazorcas del sagrado maíz de la troje, es que tiene que hacerse antes de amanecer el día; es decir, a las cinco de la mañana, más tarde ya no se podrá hacer ni tampoco a mediodía porque dicen que se encuentran dormidas las mazorcas del maíz; quien lo haga tendrá mala suerte para su sustento durante el año, es decir, desaparece por sí solo el sagrado maíz.

Existe otra diosa del maíz que se encuentra en el suelo. Es un solo bejuquillo que crece dentro de las milpas y cuenta también con camote que es comestible y se llama en lengua tzeltal: *Bujk*. A esta supuesta diosa no se la puede juzgar porque es la guardiana de donde se hace la siembra de la milpa.

En la época de tapisca se seleccionan las mazorcas de semillero para el otro año; nuestros padres-madres seleccionan la más grande y, desde allí, le quitan el doblador; llegando a la casa la cuelgan en el humo de fuego para que no se introduzca la polilla o carcoma

al semillero. Hay algunas familias que guardan sus mazorcas de semillero en una olla de barro, porque dicen que en ella se guarda y se conserva una temperatura normal en el día y la noche, y no es tan fácil penetrar las carcomas en el semillero.

En las tierras calientes conservan de diferente manera las mazorcas del semillero de maíz; hay familias que cuelgan el semillero donde corre un poquito de viento para que no llegue el polvo de la tierra y evitan el nacimiento de carcomas en la casa.

Del pueblo a la ciudad

INTRODUCCIÓN

Churubusco es un asentamiento humano muy antiguo. Descubrir y reconstruir su historia y transformaciones recientes a partir de la memoria de sus habitantes, es una tarea que un grupo de vecinos hemos propuesto, preocupados ante los embates de una modernidad que si bien nos ha beneficiado, también ha empobrecido la capacidad de comunicarnos entre nosotros y con nuestro entorno ecológico, al impedir o dificultar la convivencia madre-padre de todas las culturas.

Nuestro interés por participar en la convocatoria "Memoria de un pueblo-barrio" tiene varios fines. En principio, reconstruir la historia de Churubusco como estrategia para fortalecer relaciones e identidades vecinales; relaciones e identidades basadas en la pertenencia a un territorio común, una historia compartida y preocupaciones propias.

También nos interesa proyectarnos como una colectividad que pueda asumir la responsabilidad de encontrar alternativas a problemáticas que reconocemos graves. Por ejemplo, la relación de los vecinos de la colonia Churubusco con los niños y jóvenes "de la calle" que habitan en los perímetros en la ex glorieta General Anaya. La respuesta a esta convocatoria tuvo también como premisa la posibilidad de obtener uno de los premios para destinarlo a organizar actividades recreativas con estos niños y jóvenes.

Por último, e independientemente del resultado de nuestra participación en la convocatoria, la tarea y el esfuerzo por reconstruir la historia reciente de nuestra colectividad nos ayudará, también, a profundizar en la comprensión de la problemática de lo rural y lo urbano, extremos de nuestra realidad nacional que en los últimos cincuenta años se han polarizado hasta poner en riesgo la sustentabilidad social, política y ecológica en todo el país.

CHURUBUSCO: UN "AUTÉNTICO PUEBLO", 1930-1940

Los vecinos de mayor edad y los que, aunque menores, son descendientes de familias originarias de estas tierras desde lejanos tiempos, coinciden en afirmar que hasta finales de los años treinta, Churubusco era considerado por sus habitantes como un "auténtico pueblo", un "pueblo rústico", a pesar de que formalmente desde el Porfiriato (1904) adquirió el estatus de colonia. Se le consideraba un auténtico pueblo, comentan los vecinos, porque todo el mundo se conocía y respetaba las tradiciones, aunque reconocen que estaba en proceso de integrarse a la mancha urbana que, posteriormente, uniría la ciudad de México con las colonias aledañas y los pueblos o "anillos" de la periferia, como Churubusco, San Lucas, Coyoacán y San Ángel.

Las diferencias de clase, dicen, no eran fundamentales; lo importante era la tradición y las costumbres que identificaban y singularizaban a los pobladores de San Mateo Churubusco.

Era una época tranquila, de mucha libertad y tranquilidad. Desgraciadamente la vida ha cambiado, la modernidad yo siento que la ha atrasado, pues no había tanta maldad como ahora. En lugar de avanzar se retrocede.

Cuando me vine para acá habían pocas casas pero, por acá, por la escuelita Justo Sierra Méndez, había muchas casas de gente pobre. Gente pobre que no se dedicaba a robar ni asaltar. Era gente tranquila. Antes había más seguridad que ahora.

La gente ya no es como antes, ahora la gente se queda en lo suyo y ya. No vemos los unos por los otros, como debe ser una sociedad. Si el hombre se está olvidando hasta de Dios, cómo no se va olvidar de los vecinos.

Entre las familias había cierta solidaridad, cierta ayuda. Mis abuelos se llevaban muy bien con algunas familias. Hacían una especie de cooperativa entre ellos cuando estaban construyendo sus casas de mampostería. Si a mi abuelo le faltaba arena, pues se la facilitaban, y él daba a cambio cemento. Si a otra familia se le terminaba la grava, mi abuelo le daba la grava y la familia le daba a mi abuelo varilla. Éramos menos las personas que vivíamos por aquí, pero había más ayuda y comunicación.

No había en ese tiempo la televisión, que a mi forma de ver, es un arma de dos filos, porque le quita a la gente la atención, la creatividad. Yo, por ejemplo, sé tocar guitarra y armónica porque de chico no veía la televisión como lo hacen ahora los chicos. Ahora ellos se la pasan acostados, comiendo, tomando refrescos y viendo la televisión. Una verdadera desgracia. Antes, la gente se sentaba a oír sus comedias en la radio, pero tenían manera de estar bordando, tejiendo sus suéteres, sus chalinas, gorros y los pañales de los niños. Lamentablemente ahora, por las prisas de vivir, se pierde el encanto de la vida. Claro, la televisión es también un gran adelanto, sabemos en cinco minutos que se cayó un avión en Francia. ¿Pero eso qué beneficio nos acarrea? Antes, por las tardes, los jóvenes nos reuníamos a jugar fútbol, beisbol, aquí en la calle, que no estaba pavimentada. También nos juntábamos por las tardes en un pedazo de piedra que llamábamos “la banquita” a tocar guitarra y a cantar o, simplemente, a platicar. Se pasaba la vida tranquila. Como no había alumbrado público, a las nueve de la noche o nueve y media ya estábamos metidos en la casa.

El calificativo “pueblo rústico” tiene relación con las características propiamente rurales del asentamiento en aquella época. Las casas sólo estaban aglomeradas alrededor de la iglesia de San Mateo y hacia la glorieta donde se encontraban los establecimientos comerciales y la estación del tranvía. Las otras casas se encontraban dispersas en predios con extensión de tierra suficiente para sembrar maíz o alfalfa, hortalizas, árboles frutales, criar animales de traspatio y, en algunos casos, fabricar adobes o manejar establos; aunque también existían familias que carecían de tierra y alquilaban pequeños cuartos en “vecindades” o “ciudades perdidas”; predios donde se aglomeraban pequeñas casas de madera y lámina de hoja de botes alcohólicos, pues no fabricaban aún las láminas de cartón.

La mayoría de las casas eran de adobe y sólo algunas de piedra o madera; los techos, de teja o lámina. Tenían fosas sépticas y el agua se extraía de pozos “de mecate” —excavaciones a poca profundidad porque la tierra era “aguachernada” o pantanosa— y de pozos artesianos con bombas de mano. En algunos casos, los predios estaban cercados con nopaleras y árboles de trueno, o eran cruzados por zanjas o ramales de una acequia de una construcción muy antigua que daba cauce a las corrientes de agua que descen-

dían del pueblo de la Natividad en Xochimilco. Las zanjas estaban bordeadas de flores silvestres, corría agua limpia y, a veces, se veían peces, ajolotes, ranas, sapos; crecía el tule y los lirios acuáticos. Muchas mariposas de todos colores, pájaros y patos convivían con los hombres.

Entre predio y predio había lotes baldíos. El asentamiento casi en su totalidad estaba rodeado por terrenos de siembra, milpa y alfalfares. El asentamiento era cruzado de sur a norte por la corriente que descendía de Xochimilco por el acueducto de Aguas Potables —actualmente avenida División del Norte— que se unía con la corriente del ojo de agua de Acuecuexco, localizado en el cruce de las actuales calles de América y Pensilvania. Todavía al descubierto, el río Churubusco, afluente del río Magdalena, cruzaba de oeste a este los bordes del asentamiento; corría el agua limpia aunque ya desaguaban en él varias papeleras de Contreras. Dicen los vecinos que durante la revolución, el río Churubusco fue el límite entre las tropas carrancistas del centro y las tropas zapatistas del sur.

El único transporte colectivo eran los tranvías que viajaban del centro de la ciudad de México a San Ángel, pasando por Churubusco y Coyoacán, o del Centro a Xochimilco, pasando por Churubusco y el pueblo de Tlalpan. A los lados de las vías del tranvía, sobre la calle Martínez —posteriormente calzada de Tlalpan—, transitaban carretas y carretones tirados por mulas, burros y muy pocos automotores.

En épocas de lluvias se hacían grandes charcos donde después de cuatro o cinco días de encharcamiento, ya en la noche, como a las siete, se escuchaban los cantos de las ranas. Aquello era un canto que hasta nos hacía dormir sabroso. También venían las golondrinas, una cosa preciosa, porque por toda la calle, aquí, de Rafael Oliva, corrían las golondrinas para allá y para acá. Al inicio de la primavera llegaba mucho colibrí porque había muchas flores e higueras. Se veían las lagartijas y unos animalitos que se llaman cacomixtle, que son un tipo de ardilla que se metían a los corrales y se comían las gallinas. Sobre el río Churubusco había mucha vegetación, muchos árboles. Era el paseo de nuestra preferencia. Corría el agua de color medio café, pero no estaba tan contaminada. Mis hermanos mayores llegaron a nadar en el río y también en las zanjas que venían del ojo de Acuecuexco.

Había baldíos por dondequiera; sembraban maíz y alfalfa. No había casas en abundancia sino bastante terreno para distraerse. Las calles eran sencillas, como de provincia, con hoyancos y encharcamientos. Existían zanjas que eran parte de una red de agua, vestigios de lo que antes tenía alguna utilidad, riachuelos que en algunas partes formaban ojos de agua. En mi caso y en el de algunos amigos, nos dedicábamos a andar en los baldíos coleccionando mariposas de todos colores y jicotes, un animalito "tinto", negro y amarillo, de aproximadamente un centímetro, pariente del escarabajo. Para ir a la escuela cruzaba Aguas Potables y División del Norte, que en ese entonces era un acueducto que traía a las orillas muchas hierbas y, en parte, salían las zanjas de riego. Nadie se imaginó lo que iba a ser después. En pláticas con mis tíos me hablaban de que nadie quería vivir en División del Norte, a pesar de que se vendía barato el terreno.

Teníamos muchas zanjas. De ahí del Callejón hasta Revilla y Pedregón, había una zanja que se hacía más ancha en Juan Aguilar y López, donde ponían muchos tablones para pasar a las casas. Eran acequias para regar terrenos, porque por acá dentro siempre estuvo poblado, desde que yo recuerdo. Todas las casas tenían patios donde la gente criaba sus gallinas, conejos y sembraba árboles frutales. En su mayoría eran higueras, membrillos, perones, duraznos, granadas. No llegaban a ser huertos; sólo unos cuantos árboles en cada propiedad, aunque en todas las casas sí tenían higueras. No había casa que no tuviera higuera.

El frente de mi casa es un lugar que recuerdo con gran cariño; allí jugábamos por las tardes, después de hacer la tarea. Generalmente niñas con niñas y niños con niños. Había una zanja muy ancha, llena de plantas acuáticas donde llegaban muchas mariposas y caballitos del diablo de lindos colores, que alegraban el paisaje. En ese terreno nos dabámos gusto jugando y corriendo. Teníamos unos marranitos que también salían a correr y a comer el pasto que ahí crecía. Regresábamos a casa a la merienda, ya para dormirnos, mis padres se ponían a cantar y, poco a poco, nos llegaba el sueño.

Había muchas pulquerías, siete u ocho; pero nunca hubo billares.

TIPOLOGÍAS FAMILIARES

Hacia fines de los años treinta y principios de los cuarenta, si bien Churubusco era un auténtico pueblo donde todo el mundo se conocía, respetaba las tradiciones y ayudaba en la medida de lo posible, también eran notables las diferencias y niveles de estratificación social entre los pobladores; aunque estas diferencias no determinaban la conciencia y el comportamiento entre los vecinos, como en la actualidad. O, mejor dicho, los pobladores estaban conscientes de las diferencias sólo que, en algunas circunstancias, se priorizaba la pertenencia al pueblo y no al estatus social. Desde que Churubusco dejó de ser un pueblo, cuando se “aglomero” la gente y se convirtió en colonia, como sucede en todas las colonias, los vecinos si acaso se saludan, no se conocen y, menos, interactúan.

A partir de las pláticas de los vecinos se elaboró una tipología de las familias que poblaban Churubusco en aquella época, teniendo en cuenta los niveles de bienestar, las actividades productivas que realizaban y las relaciones que se establecían entre los diferentes estratos.

Los niveles de bienestar eran diversos, aunque se distinguían básicamente dos minorías: los propietarios de tierras y comerciantes herederos de terratenientes porfiristas, y “los más pobres” o desheredados de todo, menos de sí mismos: boleros, cadis, tortilleras. Entre ambos extremos, obreros y artesanos, propietarios medios y pequeños cultivadores de milpas y alfalfares, campesinos recientemente beneficiados con parcelas ejidales en tierras expropiadas a una antigua hacienda, comerciantes de diversos géneros y capacidad económica, empleados de los tranvías y la planta de luz de Churubusco o en los almacenes y bancos del centro de la ciudad de México, microempresarios, linotipistas y dueños de baños públicos.

Los más pobres

En las pláticas con los vecinos donde se hace alusión indirecta a la estratificación social, se diferencia entre “los más pobres” y “los de abajo”. Los primeros pertenecían a las familias que no tenían

tierra para cultivar ni para vivir, pero tampoco un oficio. Se dedicaban a la realización de servicios mal remunerados y, en general, fuera de Churubusco, básicamente en Coyoacán. Algunas de estas familias vivían en cuartos aglomerados en predios que se califican de “ciudades perdidas” por encontrarse cerca de uno de los cabarets más “renombrados” en aquella época.

Las mujeres usaban enagua larga, se peinaban con trenzas y se dedicaban a hacer tortillas y venderlas en las casas. También vivían los cadis que trabajaban en el Club Campestre.

Yo tenía un amigo que vivía en una “ciudad perdida” que se encontraba en la avenida del Convento, en un terreno baldío, en la contraesquina de la actual fonda El Tapanco que, en aquella época, era un cabaret de mucho renombre. Su padre era bolero y su madre trabajaba en una tortillería de Coyoacán.

Gente pobre que no se dedicaba a robar ni asaltar. Era tranquila.

Artesanos y obreros

Las familias de artesanos y obreros no se identifican entre los más pobres, aunque en muchos de los casos no contaran con tierras de cultivo ni tampoco con predios para construir sus casas. Pero a diferencia de los más pobres, ellos podían alquilar predios completos y no fracciones para levantar sus casas. Entre los artesanos, a los que se hace referencia en las pláticas, había uno que hacía guitarras y otro zapatero; sus esposas los ayudaban económicamente, lavando ropa ajena o dedicándose a hacer el aseo en casas de familias con mayores recursos. Aunque la situación económica de estas familias era difícil, en algunos casos contaban con la ayuda de familiares y, en otros, con la estimación y ayuda de vecinos.

Nací en el pueblo de Huixtongo, en el estado de Hidalgo. De ahí me vine con mi familia para Tulancingo. No recuerdo a qué edad me vine a la ciudad de México a trabajar. Trabajé primero en la Merced, en un departamento. A los dieciocho años me vine a Churubusco, con mi hermana, a trabajar en una casa. A mi esposo lo conocí aquí, cuando me casé, él tenía cuarenta años y yo veinte. Hacía guitarras; de eso trabajaba. Hacía una guitarra en diez días; vendía una o dos, pero no alcanzaba, aunque tenía muchos amigos

que le compraban. Yo también trabajaba para mantener a mis hijos, trabajaba haciendo el quehacer en las casas.

Mi esposo no tenía tierra, pero su mamá tenía un terrenito ahí en los ejidos, por el Country Club. Mandaba a sembrar milpa, "a medias", y cuando cosechaba me daba un costalito de maíz para poner mi nixtamal; cuando se me acababa ya tenía que comprar. Entonces las cosas estaban más baratas que ahora. A la casa venía una señora a vender cabezas de pollo, hígado, mollejas, patas. Yo les hacía su buen caldo a mis hijos. También compraba frijoles y papas y hacía tortillas, a veces con el maíz que me daban o con la masa que compraba en el molino de División del Norte, que todavía no lo quitan, en el molino de Carreteraco o en San Lucas.

Mi madre nació en Puebla, mi papá en Coyoacán y yo en Churubusco. Mi padre era zapatero, hacía zapatos para todos los que quisieran en la colonia, aunque su especialidad era la elaboración de zapatos para las personas que tenían problemas o defectos. Tenía sus moldes. Muchos lo buscaban porque nada más le decían: "Quiero un par de zapatos y de qué manera", y él se encargaba de hacerlos; después según la calidad que le pedían, ponía el precio. El taller lo tenía en la calle de Héroes del 47. Mi madre lavaba ajeno.

Nosotros vivíamos en una casa de madera con cuartos desarmables. Como nosotros rentábamos el terreno, cuando nos llegaba el día en que lo pedían sus dueños, pues nosotros nos íbamos y alquilábamos otro terreno; deshacíamos los cuartos y nos íbamos a ponerlos al otro terreno. Teníamos muchos cuartos y nuestra cocina grandota, porque en ese tiempo se usaban las cocinas grandes. Había mucho terreno.

Cuando era tiempo de "verde", tiempo de aguas, íbamos al terreno de la gente conocida en el ejido, que nos invitaba a ir a cortar lo que necesitáramos: calabacitas, ejotes, chilacayotes, verdolagas, berros, quintoniles, flor de calabaza... Todo eso que se daba entre las milpas del maíz. ¡Ay, cómo comíamos berros con tomates!

El señor Pedro, que tenía una tiendita de verduras en San Lucas, por donde está la vinatería, tenía mucha amistad con mi papá y nos dejaba pasar a su terreno para recoger la fruta que quisiéramos: granadas, brevas (higos), tejocotes, manzanas..., porque hasta se pudrían en el suelo. Otro señor, también muy amigo de mis padres, tenía su establo y vendía leche; le decía a mi mamá que fuera a las cinco o seis de la tarde por la leche que le quedaba del día para que

no se le echara a perder; nos daba dos litros y también les daba a otras familias.

En algunos casos, la situación de las familias de obreros era más precaria que la de los artesanos. En aquella época la única fábrica del rumbo, que atraía fuerza de trabajo de poblados vecinos e incluso más lejanos, era Papelera de Coyoacán, situada en el rumbo de la Conchita. Con la ampliación de la carretera a Cuernavaca o calle Martínez de Castro —calzada de Tlalpan— a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, llegarían a vivir a Churubusco familias de los “camineros” que trabajaban en su construcción.

Mi familia es originaria de San Mateo, del barrio de Xochimilco. Yo nací aquí. Mi padre era obrero, trabajaba en la Papelera de Coyoacán en el barrio de la Conchita, que cerraron hace poco. Nosotros rentábamos unos cuartos en la calzada de Tlalpan; era una especie de vecindad, pero sólo de cuartos. La gente en aquella época era más amable, por lo regular se convivía.

El río de Churubusco era muy bonito, tenía en su borde muchos árboles y el agua semilimpia, porque ya corría toda el agua que bajaba de la Papelera de Contreras, San Jerónimo y toda esa parte. Todos los nacidos aquí tenían su parcela donde sembraban maíz, rábanos, lechugas y nabos. Hacía el norte de la iglesia de San Mateo estaba poblado, pero hacia el sur, no.

La fábrica de papel de Coyoacán generaba empleo para la gente de Churubusco y era nuestro reloj: el silbato sonaba a las 5:30 de la mañana, 5:50, 6:50, 12:50, 13:50, 21:30 y 21:50.

Como a los seis años me vine a Churubusco con mi madre. Mi madre era obrera; trabajaba en una fábrica de medias; mi padre había muerto. Ella se ocupó de la familia y nos venimos a vivir con los abuelos. Recuerdo que en los terrenos, aunque no fueran muy grandes, se podía cultivar porque la tierra era fértil. Mi abuelo sembraba maíz, nopales, chilacayotes y calabacitas. Mi madre sembraba árboles frutales porque aquí se daban bien las higueras, los membrillos, duraznos, perales y tejocotes.

Nací en la colonia de los Doctores y me vine con mi familia a Churubusco en 1940, a la edad de diez años. Mi padre era “caminero” y trabajaba en la construcción de la calzada de Tlalpan desde 1938. Por donde ahora está Imevisión estaba la bodega donde se guarda la maquinaria que se utilizaba: carros, revolvedoras, aplanadoras, petrolizadoras, todo lo de caminos. Entonces mi papá,

con permiso del ingeniero, hizo una casa ahí para vivir. Nosotros éramos seis hijos, mi papá y mi mamá. Yo le ayudaba a mi madre a lavar trastes o aflojaba la tierra para sembrar maíz, calabaza, chayote.

Entonces en Churubusco había milpas que se supone eran de los nativos, también había alfalfares y árboles frutales, lotes baldíos entre una casa y otra, y la gente, en sus casas, tenía corrales de gallinas, pollos, guajolotes. De Xochimilco bajaba mucho pollo, sabroso. No como el que viene ahora de importación de Estados Unidos, pollo blanco insípido, es lo que nos ha quedado.

Los chamacos en aquel entonces éramos muy amigables; todos éramos "palomilla". La gente ya no es ahora como antes, ahora la gente se queda en lo suyo y ya.

Los nativos

En general, cuando en las pláticas se hace alusión a "los nativos" se les caracteriza como pequeños, medianos o grandes propietarios de tierra y campesinos que, en algunos casos, fueron beneficiados con tierras ejidales expropiadas a la hacienda La Purísima, en donde actualmente está situada la estación Taxqueña del metro. También algunas familias de artesanos, maestros albañiles y gente que podría considerarse entre "la más pobre", que aunque tuviera tierra para vivir tenía que buscar su forma de vida fuera del pueblo.

Muchas de las familias nativas son descendientes de antiguos pobladores de Churubusco. En algunos casos, sus familias fueron grandes propietarios de tierras que conservaron hasta el porfiriato y aun después de la revolución, hasta los años cuarenta, cuando las fraccionaron atraídas seguramente por el valor comercial que adquirió la tierra después de la construcción de la calzada de Tlalpan, cuando resultaba más rentable venderlas que seguir las cultivando con jornales o "a medias", con alfalfa para los establos o milpas para alimentar a la población.

Otras familias de "nativos", igualmente descendientes de antiguos pobladores, eran sólo propietarios del predio donde vivían aunque, por lo general, tenían predios grandes donde cultivaban milpas y criaban animales de traspatio. O, también, eran propieta-

rios medios que cultivaban alfalfares para abastecer sus establos y comercializar la leche.

Mi padre y su familia fueron originarios de Churubusco y de una familia muy extensa. La zona era de gente nativa y, hasta cierto punto, la mayoría tenía relaciones familiares entre ellos. Yo llegué cuando se comenzó a invadir por la construcción de esta zona, cuando los dueños de los terrenos los fueron comercializando de acuerdo con sus circunstancias. Es entonces cuando ocurrió el gran cambio. Mi familia no era de las más pobres, pero sí de las de abajo, aunque la mayoría de los familiares tenían bastantes propiedades. Mi abuela tenía un terreno muy grande que iba desde Xicoténcatl hasta río Churubusco. La casa era de adobe, dos de los cuartos tenían bóveda y otros, techo de lámina; tenía también, pozo con bomba de mano. En el terreno sembraban maíz, lechuga y rábanos; había higueras, chabacanos, duraznos y uvas; flores silvestres y otras que plantaba mi abuela. Había un depósito de maíz que parecía huacal; estaba hecho con palos delgados, en un cuadro de tres por tres o cuatro por cuatro, que se levantaba a cierta altura y con distancia entre palo y palo, para evitar que el maíz se pudriera. También se hacían adobes; a mí me tocó y tengo noción de cómo se hacen. La tierra era muy noble, donde se rascaba, se prestaba para hacerlos porque estaba cerca del río. La arcilla se amansaba con los pies, duro y duro. Se le echaba también zacate o paja y agua para darle forma y que tuviera alma.

Mi abuelo se fue de bracero, luego, cuando se enfermó mi abuela, tuvo que vender el terreno y se fue a vivir frente a la iglesia de San Mateo. Mi padre trabajó como técnico en la construcción de los Estudios Churubusco.

Mi abuela nació aquí en Churubusco, al igual que su madre y las generaciones anteriores, hasta el momento en que la memoria se pierde en la historia de la Conquista. Mi abuela vendía en las mañanas tamales y atole en la estación del tranvía, junto a la glorieta, en el centro de Churubusco. A veces intercambiaba los tamales por fruta con otras personas.

Le tocó vivir la revolución y nos comentaba que los zapatistas entraron por la calzada de Tlalpan y los carrancistas por el borde del río Churubusco, escenificando batallas y a veces hurtos; motivo por el cual la gente hacía hoyos en la tierra y escondía sus víveres. A las muchachas las escondían o hacían parecer como embaazadas para evitar que se las llevaran o violaran, práctica común en aquellos tiempos.

El predio de la casa de mi padre tiene más de ciento cincuenta años. Existe un documento que se llama "hijuela", que es lo que ahora conocemos como escritura. Mi abuelo fue terrateniente y mucha gente lo trataba como cacique. Murió el 10 de noviembre de 1910, a la edad de 97 años. Sus propiedades iban desde donde ahora están los Estudios Churubusco hasta la iglesia de Mexicalzingo, lo que ahora es la colonia Country Club y Ermita Iztapalapa. Y del este —hacia el poniente—, desde donde están los terrenos del Seguro Social —en río Churubusco— hasta la calle 20 de Agosto en el barrio de Nonoalco, que en la hijuela se nombra La Alcántarilla. Todos estos terrenos eran de la hacienda La Purísima, eran los campos labrantíos de Churubusco.

La casa de mi abuelo era de piedra con habitaciones de adobe y bóveda catalana. El zaguán tenía un portón muy grande de madera, las ventanas eran balcones y en la esquina tenía un local que fue una tienda de pueblo, donde se vendía de todo y funcionó desde 1880, por ahí así, hasta 1900.

Se cuenta que en la época de la revolución, aquí en Churubusco, hubo mucha gente huertista. En donde ahora está la Fundación Mier y Pesado estaba el sanatorio del doctor Urrutia, de donde sacaron a Belisario Domínguez para el hospital de Xoco en donde lo mutilaron cortándole la lengua. La historia acusa al doctor Urrutia, el fundador del sanatorio, quien fue exilado y murió en San Antonio, Texas.

Mis padres, abuelos y bisabuelos son de Churubusco. Mis abuelos tuvieron una tienda que era la principal aquí en Churubusco, se llamaba La Frontera y estaba donde está ahora la calzada de Tlalpan. Una tienda de pueblo donde se encontraba de todo: comestibles, reatas, arados, de todo; como son las tiendas de pueblo.

Mi abuelo fue perseguido por los zapatistas que andaban saqueando las pertenencias de la familia. Entonces mi abuelo se escondió en la iglesia del Convento, detrás de la imagen de san Antonio de Padua y no lo encontraron. Mi padre me contaba que durante la revolución, el río Churubusco era el límite entre las tropas zapatistas del sur y los carrancistas del centro.

Mi padre se dedicó a la construcción, fue maestro albañil y contratista. Originalmente, la casa de mis padres fue una construcción de adobe, puesto que la construcción moderna con cimientos altos data de los años treinta. El río Churubusco crecía en la época de lluvias y todo esto se inundaba; por eso construyó mi padre la casa con cimientos altos, al nivel de la calle como está ahora. En aquella

época no se carecía de alimentos porque la gente tenía sus animales en sus casas, mi madre criaba cerdos, gallinas, guajolotes, gansos. No había la carestía que hay ahora, pues cuando se requería había huevos, huevos buenos de gallo y gallina.

Generalmente la ropa se confeccionaba en las casas, la mayoría de la gente tenía máquina de coser, la famosa "Singer". Con ellas las mujeres elaboraban sus vestidos, sus corpiños, las camisas de los hombres y hasta los pantalones de los niños. Mucha gente se vestía así; no existía la costumbre de ir a las grandes tiendas más que para comprar la tela, los hilos y todo lo que necesitaban para confeccionar la ropa y vestirse.

Nací en 1930, mi mamá era de aquí, así como su familia. Cuando mi mamá tenía diez días de nacida falleció su mamá. Se hicieron cargo de ella dos de sus parientes que la criaron y cuidaron con mucho cariño. Mi madre aprendió a leer y escribir en una escuelita que había en la iglesia del Convento de Churubusco, después fue a una escuela de Coyoacán. Más tarde, se fue con la que la crió como madre y su hija, a trabajar en una casa en la colonia San Rafael. En ese tiempo mi madre estudió en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, donde aprendió a coser y hacer bordados. Al morir la dueña, regresaron a vivir a Churubusco y mi madre entró a trabajar en los Baños Hidalgo, en el centro de la ciudad. Ahí conoció a mi padre, se casaron y se vinieron a vivir a Churubusco. Mis dos hermanos estudiaron la primaria en el Colegio Mier y Pesado; después, aprendieron el oficio de linotipistas y se dedicaron a la imprenta.

Empleados, comerciantes y otros..., sobre todo después de la ampliación

Desde que yo recuerdo, la gente en Churubusco se ha dedicado a diferentes actividades; no eran todos campesinos ni ejidatarios, sino mayormente pequeños propietarios, aunque no agricultores; era una población en proceso de integración a la ciudad. Solamente algunas eran familias de ejidatarios que adquirieron terrenos en Santa Julia y en la CTM. La gente trabajaba en otras partes, aunque aquí no había propiamente un centro de trabajo, quizás había una o dos gentes que trabajaran en la fábrica de papel de Coyoacán o en la fábrica de velas del Convento. En la planta de luz trabajaban cinco empleados y en los tranvías dos o tres motoristas de Churubusco, como el señor Alcalá, pero eso no quiere decir que Churubusco fuera una población de tranviarios. Estaba muy diversificado todo el

trabajo. Mi padre tenía una tlapalería; también había una tienda, una carnicería, una panadería, la casa de los Escudero que eran unos baños públicos muy chiquitos, baños individuales; en 1942, mi primo puso la tienda Unión Nacional, conocida por todos como "La Nacional". Por esa época, pasando el río Churubusco, por Ermita, había una fábrica de lámina de cartón; recuerdo los tendidos de las láminas secándose al sol.

Había muchas pulquerías, siete u ocho, y un cabaret de mucho renombre. Hasta los años cincuenta los lugares de reunión que siempre estaban a reventar eran las pulquerías, también otro cabaret que se llamaba Salón Victoria y el populacho decía "vámonos a la Vicki"; la bebida que vendían ahí era chocolate con alcohol; con eso se embriagaba la gente; era un chocolate aguado, disuelto en agua, al que le echaban tequila o vaya a saber qué, pero ésa era la bebida. Tenía permiso de cervecería pero fue un cabaret. Estuvo abierto al público hasta que mataron a uno y lo cerraron.

Junto a esa casa vivía una señora que a mí me encantaba ver porque trabajaba en una carpa y se sentaba en el balcón a tocar las castañuelas. Cuando me las prestaba yo me ponía feliz.

En 1938 se comenzó a trabajar en la calzada de Tlalpan; entonces comenzaron a tumbar el mero pueblo; lo comenzaron a abrir. Se empezó a ampliar el pueblo, a colonizar más, a llegar gente de otros lados; se hicieron nuevas casas. Se reformó casi todo porque la gente llegaba, compraba, tumbaba las casas de los que habían vendido el terreno y comenzaban a levantar buenas casas.

En 1947 empecé a trabajar en Colorex, una fábrica de calentadores que se encontraba en los llanos del Avante. Era ayudante y comencé a aprender; me hice oficial de soldadura para soldar tanques; ahí duré diez años. Después, pasé a trabajar a una fábrica de carrocerías de autobuses y hacía la estructura de las plataformas para los autobuses, que luego se empezó a organizar en Tultitlán, Estado de México. Ahí estuve hasta que me jubilaron.

Mis padres vivían en la colonia Doctores, vinieron para Churubusco porque el sur les parecía más tranquilo y bonito. La gente vivía en casas que tenían mucho terreno; todavía sembraban alfalfa; tenían conejos, gallinas y borregos. Las casas eran de adobe o madera con techos de lámina o de lata o cartón; era raro ver una casa de tabique con techo de losa.

Mi papá, cuando compró aquí, me platicaba que era un establo; al comprar el terreno tiró todo y construyó la casa con bloques de concreto, tabique y techo colado; también se construyó la fábrica

de dulces La Chiquita, que se amplió en 1954. Don Chon Santamaría y su cuñado Baldemaro trabajaron en la construcción.

Mi padre se dedicaba a la fabricación de dulces: gomitas, caramelos, dulces de chocolate, barritas de coco, colación, grageas, mermeladas, chicles. La fábrica funcionaba bien durante las temporadas, pero se requería mucho personal para empacar los dulces, pues se empacaban a mano. Los dulces se elaboraban básicamente con azúcar, glucosa, cocoa y mermeladas; se cocían en hornillas de petróleo y chapopote, después de 1958, con gas. Antiguamente los dulces se elaboraban en cazos de cobre y se cocían con carbón. Mi padre realizaba la distribución de los dulces en carro, llegaba a vender en el centro, La Lagunilla y la Merced.

Mi abuelo nació en Guanajuato, mi abuela en Culhuacán y cuando se casaron vinieron a vivir a Churubusco porque aquí ambos tenían parientes que se habían venido de sus respectivas tierras, unos para dedicarse a la comercialización de leche y otros de carne. Mi abuelo me contaba que le gustaba mucho ver a mi abuela montada a caballo, que venía de Culhuacán a Churubusco a visitar a su hermano que vivía aquí en una casa de piedra y adobe, de la cual todavía hay vestigios. Cuando se casaron, se vinieron a vivir con su hermano de mi abuelo que era carnicero; luego, compraron un terreno donde levantaron su casa de material, tenían algunos árboles y mi abuela criaba conejos, cerdos, gallinas y patos al igual que los nativos. Mi abuelo fue vendedor de máquinas Singer y, posteriormente, taxista. Llegó a manejar su propio *Cocodrilo*, ya hacia los años sesenta.

Recuerdo que cuando era niña, a mediados de los años cincuenta y principios de los sesenta, llovía mucho en el mes de junio, que es mi cumpleaños. Caían fuertes pero rápidas granizadas, que coloreaban las calles de blanco. No recuerdo más animales en la calle que las lagartijas y los mosquitos que abundaban en época de lluvias. Pero ya en esa época, Churubusco era toda una colonia; no había casi lotes baldíos, menos milpas o alfalfares, ni zanjas, aunque sólo las calles principales estaban pavimentadas. Se había introducido el drenaje y el agua potable, y en las casas ya no funcionaban los pozos ni las fosas sépticas. Las casas eran todas de material y cada vez se construían más departamentos; había alumbrado público, aunque un poste por cada tres que existen actualmente. Mi madre evitaba que saliéramos a la calle a jugar; imaginaba todos los peligros y reconocía que los coches automotores iban en aumento. Los juegos al interior de la casa, las tareas de la escuela y la televisión eran diversión y, también, imposición.

LOS ANCESTROS DE ESTAS TIERRAS

Un asentamiento tan antiguo como Churubusco tiene también una larga historia. La memoria colectiva se remonta a la época prehispánica, cuando en estas tierras se asentaron grupos toltecas-nahuas que fundaron el pueblo de Churubusco-Huitzilopochco.

Huitzilopochco es una palabra náhuatl, cuyo significado es: *huitzil*, colibrí; *opochtli*, izquierda, y *co*, lugar: ¿“lugar a la izquierda del colibrí” o “lugar del colibrí a la izquierda”? Los colibríes son aves pequeñas y rápidas que en su vuelo se alimentan del néctar de las flores. Por los documentos y pláticas con los vecinos, se puede conjeturar que los primeros pobladores se asentaron en tierras pródigas en agua, flores y colibríes. Es por ello que uno de nuestros vecinos comenta que está convencido de que si los colibríes llegan a desaparecer de Churubusco, es que Churubusco ya no existe. Lo bueno es que todavía vemos aparecer, al final del invierno y principios de la primavera, a estos pequeños pájaritos de preciosos colores, alimentándose de un arbusto extraño de flores rojas que mucho les gusta.

Mi abuela me contaba que cuando se fundó la ciudad de Tenochtitlán se construyeron los primeros caminos que comunicaron el islote con los pueblos de los alrededores de la laguna, que anteriormente sólo se comunicaban mediante canoas. Pero al irle ganando terreno al agua con los rellenos, se formaron las primeras calzadas, que después llamaron “caminos reales”. Esto es lo que aconteció con la calzada de Tlalpan, que comunicaba Churubusco con la ciudad de Tenochtitlán y con el pueblo de Tlalpan y sus alrededores, el pueblo del Ajusco y Topilejo.

Por la calzada se transportaban las mercancías que se traían a trueque de otros pueblos, por ejemplo, frijoles por ollas, y se transportaban, asimismo, lo que se pagaba en tributo al gran *tlatoani* azteca.

A los antiguos habitantes de Churubusco se les conoce como “sobaqueros” porque, en uno de los códices, al pueblo de Huitzilopochco se le designa con el glifo de un brazo que carga una mazorca de maíz en el sobaco. También se les conoce como los “brujos del granizo”, seguramente porque conocían bien este fenómeno atmosférico. En Churubusco vivían artesanos de plumas preciosas, con las que confeccionaban penachos y escudos para los guerreros y sacerdotes mexicas.

EL OJO DE ACUECUEXCO

Hace muchos años, lo que es hoy la ciudad de México era la ciudad de Tenochtitlán, que tenía en el centro sus templos y palacios ceremoniales y, a las orillas, los distintos pueblos que la conformaban. En estos pueblos habían acueductos y ojos de agua que fluían hacia la gran ciudad. Uno de éstos era el ojo de Acuecucexco, situado en el pueblo de Churubusco.

Cuenta la leyenda y la historia que en dos ocasiones la creciente inundó la gran ciudad de Tenochtitlán, hasta que por consejo del señor de Texcoco, Netzahualcóyotl, se construyó un acueducto que dispersó el agua durante las crecientes, evitando inundaciones y desastres.

A la llegada de los conquistadores españoles, se destruyó el acueducto y la ciudad se volvió a inundar. Tiempo después, la gente hizo canales de riego para las milpas, parcelas y lavaderos públicos en los ojos de agua.

Al ojo de agua en Acuecucexco iba a lavar la gente de Churubusco, procurando siempre terminar al anochecer o antes, si era posible, por temor a las apariciones que ahí se sucedían. Se aparecía una mujer joven, de pelo negro muy largo, que se bañaba en el ojo de agua y cantaba o susurraba una triste melodía. Si al oír su canto acudía algún pastor o jornalero que desconocía lo que ahí pasaba, al otro día aparecía ahogado. La gente decía que la sirena lo había matado, que era el precio que se pagaba porque ahí brotara el agua.

Mi abuela contaba que un pariente suyo que había escapado del encanto de la sirena, contaba que era muy bella y que el llanto era por su pueblo y sus hijos que no regresarían. Él aprovechó el sollozo de la mujer para escapar y ser uno de los pocos que sobrevivió a la muerte.

Cuentan que cuando se secó el ojo de agua, en el fondo de la poza, que era del tamaño de un cuarto chico, se encontraron *nixcómiltl* u ollas de dos orejas, molcajetes, mecates y otros utensilios propios de la cocina que se ignora cómo fueron a aparecer ahí. Algunas gentes dicen que era del uso de la sirena, otros dicen que se los arrojaba la gente para mitigar la tristeza de la mujer.

Al paso del tiempo, el lugar fue olvidado y la urbanización eliminó el ojo de agua de Acuecuexco. A la fecha, sólo es recordado por pocas personas; por eso lo doy a conocer. Hoy en día, donde estuvo el ojo de agua existe un cruceo vial, en la cuchilla construyeron un edificio y, a un lado, hay una pequeña glorieta con una piedra que algunos vecinos pusieron para recordar el lugar donde estuvo.

Anexo

Ezequiel Ortega Luna
Edad: más de 80 años
Fecha de nacimiento: 1916
Origen: Santa Cruz Acatlán, Centro, D.F.

Nací en Santa Cruz Acatlán, por San Antonio Abad, San Lucas y Fray Servando. Mi familia me trajo a Churubusco a los seis años.

Churubusco era un pueblo rústico, había terrenos de siembra, milpa y alfalfares. Las casas eran pocas y rodeaban la iglesia de San Mateo. La mayoría de las casas eran de adobe o madera con techos de lámina de hoja de lata de botes alcoholeros, que abrían y acomodaban de modo que los protegieran. No existían entonces láminas de cartón; había láminas acanaladas de metal, pero mucha gente no tenía manera de comprar lámina galvanizada.

Los terrenos eran de propiedad particular, no eran ejidos, y los dueños los mandaban sembrar. Las señoritas Maldonado mandaban sembrar sus tierras con alfalfa. Tiempo después, los propietarios ya no se preocuparon por sembrar sus terrenos y se convirtieron en potreros; luego los vendieron.

Ya cuando vendieron, alguien se preocupó porque hubiera calles aquí; primero la calle de Rafael Oliva, y luego la del Callejón de General Anaya. El drenaje era a base de zanjas; no se hacían charcos; las zanjas iban a "deslindar", parece ser, por el puente del río Churubusco. No había gas ni electricidad; la gente se alumbraba con velas y ocotes, cocinaba con leña y carbón en fogones con piedras para sostener el comal.

Entonces, quienes gobernaron en aquellas épocas fueron Obregón, Portes Gil y Calles (1920-1934). A Obregón había gente que lo quería y otra no, pues como todas las gentes que han estado y están en el poder, son prepotentes como "buenos mexicanos": cuando no tienen ni poder ni riqueza andan humilditos; pero ya que logran sobresalir, por alguna causa, se alzan demasiado y se vuelven prepotentes. Como dice un refrán popular: "El que nunca ha tenido y llega a tener, loco se quiere volver". Cuando suben al poder, olvidanse de los demás, jamás se vuelven a acordar de que fueron pobres, y a los pobres, los humillan más. Quizá desquitándose de lo que ellos sufrieron cuando no tenían nada.

El ojo de agua de Acuecuexco estaba casi colindado con el pueblo de San Lucas, más allá de la colonia Parque San Andrés. Ha-

bían piedras que no sé quién se acomidió en poner para que lavaran las mujeres en un escurridero de agua que salía del acueducto Aguas Potables, que ahora es la avenida División del Norte. Por ese acueducto corría el agua que nacía en el pueblo de Nativitas, Xochimilco. No nacía en el Ajusco, que en ese entonces estaba casi deshabitado, pues sólo existían los pueblos de San Andrés y San Miguel Ajusco. El acueducto pasaba por el ojo de Acuecuexco, en División del Norte, hacia Héroes del 47 y la “alcantarilla”, que así la llamamos, por donde ahora está la Primaria Justo Sierra Méndez; de ahí partía al Convento para desembocar en el río Churubusco. Yo ya no conocí el acueducto con agua, sino el puro borde de mampostería o cuenca fabricada por albañiles.

Los lavaderos eran puras piedras donde se reunían las mujeres a lavar; los formales los hicieron mucho después. También había gente que tenía lavaderos en su casa; lavaderos de loza, de cantera rosa y pozos de mecate; excavaciones rústicas, no pozos artesianos. La mayoría de la gente tenía pozos de mecate porque aquí el terreno era muy “aguachernado”; habían lugares que, con una “punta de pala” —excavando a profundidad de una pala— ya salía el agua. Aunque, también, había gente que tenía pozos artesianos en sus casas; pocos. Mi familia sin ser gente “popof” tenía pozo artesiano, porque mi padre, como era “boletero” en el tranvía, tenía más comodidad de dinero y mandó hacer el pozo entubado y con una bomba manual para extraer agua. Había gente que iba a las casas donde tenían estos pozos para pedir agua para tomar; pero la mayoría, por no molestar o molestarse, tenía su pozo de mecate.

Entonces, en el callejón de General Anaya, ya podía pasar la gente y hasta carros tirados por animales, porque todavía no se veían camiones ni coches.

Lilia López Anda
Edad: 61 años
Fecha de nacimiento: 1935
Origen: Churubusco

Mis padres, abuelos y bisabuelos son de Churubusco. Mi padre nació en 1909 y me contaba anécdotas que vivieron mis abuelos durante la revolución. Me decía que durante la revolución, el río de Churubusco, que en ese entonces era río, pues no estaba tapado como ahora, era el límite entre las tropas zapatistas del sur y los carrancistas del centro.

Mis abuelos tuvieron una tienda que era la principal de aquí de Churubusco, de esas tiendas de pueblo donde se encontraba de todo: comestibles, reatas, arados... de todo, como son las tiendas de pueblo. La tienda se llamaba La Frontera y estaba donde está la calzada de Tlalpan; entonces, ese tramo se llamaba Martínez de Castro, donde posteriormente estuvo la glorieta del General Anaya. Por ahí pasaba una "góndola" de verduras, que traía la verdura de Xochimilco para llevarla al centro. Mi abuelo fue perseguido por los zapatistas que andaban saqueando las pertenencias de las familias. Entonces, mi abuelo se fue a la iglesia del Convento y se escondió detrás de la imagen de san Antonio de Padua y no lo encontraron. Le tomó tanta devoción al santo que murió un 13 de junio. Le decía a mi abuela: "No te desespere que san Antonio va a venir por mí".

En aquella época, el pueblo de Churubusco, el de San Lucas, Tlalpan, Coyoacán y San Ángel eran considerados los "anillos" de la ciudad. La gente que vivía en la Roma o San Rafael, que fueron las primeras colonias, tenía sus casas de campo en los pueblos de Coyoacán, San Ángel y Churubusco. División del Norte no estaba pavimentada; era tierra suelta y por ahí corría el acueducto que iba de Xochimilco a Chapultepec; un acueducto de agua potable que se llamaba así: Aguas Potables. Cuando se pavimentó, se le cambió el nombre y se le puso División del Norte.

La iglesia de San Mateo es la más antigua del rumbo; yo leí en un libro que los templos de los antiguos que poblaron Churubusco quedaron abajo del templo de San Mateo, y es verdad, como aún puede apreciarse en la parte que llaman El Cerrito, donde hay mucha piedra volcánica que formó parte de la construcción de

esos templos; también pueden apreciarse estas piedras en los cimientos de la iglesia. Los franciscanos bautizaban al pie de un árbol gigantesco junto a unos veneros de agua.

El centro de Churubusco era donde está la iglesia de San Mateo y sus alrededores. Un trencito venía del centro y se dirigía a San Ángel, pasando por Churubusco y Coyoacán y se iba por Francisco Sosa. Cuando se construyó la glorieta del General Anaya en los años cuarenta, las vías del tranvía la rodearon.

En esa misma época se construyeron los Estudios Churubusco y comenzó a formarse la colonia Club Campestre (Country Club), cuando se fraccionaron todos los terrenos que eran llanos, donde llevaban las vacas a pastar. El Club de Golf lo construyeron, desde el porfiriato, accionistas norteamericanos. Era un club privado de gente adinerada. Allí llegó a ir el general Amaro a jugar polo, porque no solamente se jugaba golf. El club generó trabajo para la gente de aquí, que trabajó como cadis.

A mí me tocó el Churubusco virgen; había muchas zanjas y arroyos de agua limpia porque no había desechos.

Eran sembradíos de maíz, frijol, alfalfa y nopaleras, donde ahora es la terminal del metro Taxqueña. A un costado del Club Campestre corría agua limpia y se veían pescaditos. Aquí, en Churubusco, había muchas zanjas y arroyos de agua limpia; tenía muchos veneros y mucha abundancia de agua limpia porque no había desechos. Era agua que bajaba del río Magdalena y tenía mucha afluencia hacia lo que ahora es la colonia Campestre, que entonces eran tierras comunales de gente que cultivaba la tierra; muchos sembradíos de milpa, alfalfa y flores. La temporada de lluvias era hermosa porque llovía y, después del mediodía, nos íbamos a esos campos a cortar verdolagas y elotes. Era precioso.

La colonia Parque San Andrés eran puros terrenos de propiedad privada, huertos de frutas y establos o lotes baldíos. También vivían familias de buena posición económica.

La fábrica de papel de Coyoacán generaba empleo para la gente de Churubusco y era nuestro reloj, porque el silbato sonaba a las 5:30 de la mañana, 5:50, 6:50, 12:50, 13:50, 21:30 y 21:50. Cuando de chamacos nos íbamos al cine Esperanza o al Centenario, teníamos permiso de llegar a la casa antes del último silbato de la fábrica de Coyoacán.

Yo estudié la primaria en la Academia Moderna de Coyoacán. En aquel entonces no se exigía la secundaria; la preparación primaria era tan completa que puede decirse que sabíamos lo que ahora sabe la juventud que sale de la secundaria. Mi papá no quiso que estudiara una carrera larga; yo quería estudiar medicina, pero estudié para auxiliar de contabilidad después de terminar la primaria a la edad de 12 años. La escuela estaba en el centro; mi papá me acompañó los primeros días; nos íbamos en trenecito. Terminé de estudiar a los 15 años y me metí a trabajar al Banco del Ahorro Nacional hasta que me casé a los 22 años. En ese entonces todo era tranquilidad en Churubusco; había mucha seguridad. Yo salía a veces de trabajar a las 9 o 10 de la noche, tomaba mi camioncito atrás de la Suprema Corte de Justicia, llegaba aquí, me bajaba y no había problema. Cuando salía temprano de trabajar, a veces me reunía por las tardes con un grupo de muchachas de San Mateo que se juntaban para acudir a tomar clase de bordado, tejido o deshilado en la Escuela Héroes del 47. Los sábados nos reuníamos un grupo de ex alumnas de la Academia Moderna para ir a catequizar y preparar a los niños que querían hacer su primera comunión en la iglesia del pueblo de Los Reyes. Nos íbamos cruzando milpas y no pasaba nada; la juventud era más sana.

Mi madre decía que la ociosidad era la madre de todos los vicios. “¿No tienes nada qué hacer? Ponte a bordar, a zurcir, lavar o almidonar.” A la mujer no le faltaba qué hacer. Era una época tranquila, de mucha libertad y seguridad. Desgraciadamente la vida ha cambiado; la modernidad, yo siento que ha sido un atraso, pues no había antes maldad como ahora. En lugar de avanzar es retroceso.

María Trinidad de Turcio Anzaldo

Edad: 40 años

Fecha de nacimiento: 1956

Origen: Churubusco

Mi abuela nació aquí en Churubusco, al igual que su madre y, a su vez, generaciones atrás, hasta el momento que se pierde en la historia de la conquista.

Cuando tenía siete años, yo era muy traviesa, por ser la única mujer entre cuatro hombres. Mis juegos nunca fueron los de una niña: jugar canicas, baleros, coleadas, cebollitas. Entonces mi

abuela, para quitarme el ser machorra, me sentaba para peinarme y entre peinada y peinada, me empezaba a contar historias, también para que no me estuviera moviendo. Historias y vivencias que ella y su familia sabían o habían pasado aquí.

La historia del ojo de agua de Acuecuexco me la contó mi abuela, la señora María Trinidad Ortiz, que en paz descanse; a su vez, a ella se la contó su abuela, y así fue pasando de generación en generación. El ojo de Acuecuexco se encontraba aquí, en la zona de Churubusco, pero lamentablemente no ha sido investigada por los historiadores a pesar de que aparece en un códice azteca que se encuentra en el Museo de Antropología; también se hace alusión a él en el libro *Tlacaetel*, de Velasco Piña, y en otro libro de un autor extranjero cuyo nombre no recuerdo en este momento. Desgraciadamente, muchas autoridades no le dan importancia a estos lugares y siempre alegan que no hay presupuesto.

Jesús Antonio Villarreal

Edad: 48 años

Fecha de nacimiento: 1948

Origen: Churubusco

Mis padres vivían en la colonia Doctores y vinieron para Churubusco porque el sur les parecía más tranquilo y bonito.

La gente vivía en casas que tenían mucho terreno. Todavía sembraban alfalfa; tenían conejos, gallinas y borregos. Había terrenos más grandes donde se cultivaban milpas, como ahí, donde ahora se encuentran los Laboratorios Ciba, el Convento y, aquí mismo, en Rafael Oliva. Otras familias tenían nada más su casa habitación y trabajaban en alguna fábrica.

Las casas eran de adobe o madera con techos de lámina o de cartón. Era raro ver una casa de tabique con techo de losa. Mi papá, cuando compró aquí, platicaba que era un establo. Cuando lo compró, tiramos todo y construyeron la casa y la fábrica de dulces La Chiquita, con bloques de concreto, tabiques y techo de losa colada. Los maestros albañiles que trabajaron en la construcción eran de Churubusco, don Chon Santamaría y su cuñado Baldemaro. La fábrica se amplió luego, en 1954.

Mi padre se dedicaba a la fabricación de dulces: gomitas, caramelos, dulces de chocolate, barritas de coco, colación, grageas,

mermeladas y chicles. La fábrica funcionaba bien en las temporadas, pero se requería mucho personal para empacar los dulces, pues se empacaban a mano. Después, cuando hubo más competencia, ya no fue costeable envolver los dulces a mano y se vendieron a granel o por kilos. Los dulces se elaboraban, básicamente, con azúcar, glucosa, cocoa y mermeladas. Se cocían en hornillas de petróleo y chapopote; después de 1958, con gas. Antiguamente los dulces se elaboraban en cazos de cobre y se cocían con carbón. Mi papá realizaba la distribución de los dulces en su carro, llegaba a vender al centro, La Lagunilla y la Merced.

En aquella época, los vendedores de dulces de la Merced eran también los que los fabricaban; hacían cocadas, paragüitas, pirulís. Los hacían de noche y, temprano por la mañana, los llevaban a vender. Eran productores y a la vez vendedores ambulantes. Cuando mi papá los conoció les pidió que vendieran también los dulces de La Chiquita; ellos primero no quisieron, pero mi padre insistió: "ahí se los dejo", y se fue. Y sí, sí se vendieron, se vendieron muy bien. Con el tiempo, quizás años, mi padre les sugirió que hicieran un escrito a las autoridades del Departamento del Distrito Federal, para que se construyera un mercado de dulces. Todos los dulceros de la Merced ayudaron con firmas y el mercado se construyó e inauguró en 1949, durante el sexenio del presidente Miguel Alemán. Inicialmente fueron 150 locatarios, pero sólo 50 o 60 dulceros de abolengo.

A mi padre, Antonio Villarreal Gómez le gustaba mucho la política. Andaba en la campaña de Adolfo Ruiz Cortines; cuando filmaron un reportaje aquí en la fábrica, vinieron las cámaras de cine a la casa. Yo vi el reportaje hasta 1963 o 1964 en casa de un amigo de mi papá que fue diputado y senador por el Distrito Federal, el señor Víctor Manuel Avila. El reportaje presentaba cómo se elaboraban los dulces y decía algo así: "Los comerciantes y fabricantes de México apoyan al candidato Adolfo Ruiz Cortines. Como el señor Villarreal Gómez que con sus dulces endulza la vida".

Estudié la primaria en el Instituto Fray Junípero Serra, en Coyoacán, que estaba en la avenida Hidalgo, así como casi todas las escuelas a las que acudíamos los niños de Churubusco: la Melchor Ocampo, la Héroes del 47, la Fundación Mier y Pesado, el Instituto Teresita de Jesús, la Academia Moderna. Porque aquí,

en Churubusco, no había escuelas, hasta que fundaron la Escuela Saúl M. Caraso.

Clementina Vda. de Camacho

Edad: 80 años

Fecha de nacimiento: 1934

Origen: Huixtongo, Hidalgo

Nací en el pueblo de Huixtongo; de ahí vine con mi familia a Tulancingo; no recuerdo a qué edad vine para la ciudad de México a trabajar. Trabajé primero por la Merced en unos departamentos. A mi esposo lo conocí aquí en el callejón de San Miguel, cuando vine para Churubusco, como a los dieciocho años, a trabajar en la casa del señor Noriega. Vine con mi hermana.

Cuando conocí a mi esposo, ya hacía guitarras; de eso trabajaba. Al casarme, él ya tenía cuarenta años, y yo, como unos veinte. Yo siempre trabajé para mantener a mis hijos: trabajaba en las casas, en el quehacer de las casas. Mi esposo no hacía muchas guitarras; hacía una guitarra en diez días. No podía hacer más. Y vendía, claro, una o dos. Hacía también composturas. Pero no alcanzaba, aunque tenía muchos amigos que le compraban.

Cuando vine para acá, había pocas casas; pero acá, donde está la escuelita, existían muchas casitas de gente pobre que ahí llegó para construir las. Gente pobre, pero que no se dedicaba a robar ni asaltar. Toda esa gente era muy tranquila. Antes había mucha más seguridad que ahora. Había establos por dondequiera; aquí enfrente, estaba un establo y también otro muy grande por donde estaba el mercado (ambulante).

En esto había todavía zanjas donde corría el agua; ponían unas tablitas para pasar. El río estaba al descubierto y traía agua; creo que viene de Contreras; luego lo entubaron.

En aquella época todas las cosas estaban un poco más baratas que ahora. A la casa venía una señora a vender cabezas de pollo, hígados, mollejas y patas, y yo les hacía su buen caldo a mis hijos. También compraba frijoles, papas y hacía las tortillas con la masa que compraba en el molino. Un molino estaba en Carreteraco, otro en San Lucas y el que está aquí, en División del Norte, que todavía no lo han quitado.

Había milpas; sembraban dondequiera. Atrás del convento, junto al Seguro Social, todo eso era milpa; donde están los Laboratorios Ciba era un campo muy grande. Mi esposo no tenía tierra, pero la mamá de mi esposo tenía un terrenito ahí en los ejidos, por el Country (Club Campestre); ahí tenía una territa y mandaba a sembrar milpa y, como iban a "medias", cuando se cosechaba me daba un costalito de maíz, para poner mi nixtamal, pero cuando se me acababa lo tenía que comprar.

Roberta Farfán

Edad: 75 años

Fecha de nacimiento: 1921

Origen: Celaya, Guanajuato

Vinimos a la ciudad de México cuando mi papá tenía dos años de muerto; él hacía sillas de montar, ahí mismo en su casa.

Yo soy la más grande de todos mis hermanos; somos diez. Primero vino mi hermano Genaro y después pidió que viniéramos mi mamá o yo para ayudarle a mi tía Clara, porque estaba enferma; sus hijos eran puros hombres y no podían ayudarla; entonces, mi mamá me mandó a mí. Y la cosa fue que ya estando aquí, vino mi hermano Gregorio, luego Fermín, y luego vinieron todos. En seguida, mi mamá vino ya y dijo que compráramos este terrenito, que estaba pelón: no tenía árboles.

Yo llegué acá de veinte años (1941); primero estuve con mis hermanos y después empecé a trabajar en la embajada de Estados Unidos con un doctor; aprendí a trabajar como radióloga. Cuando empecé sólo era trabajar y trabajar. Entraba temprano a la embajada, pero antes iba a inyectar a las personas que me lo pedían y, cuando salía, también iba a inyectar, a poner suero..., por eso, casi yo no tenía amistades aquí, pues no tenía horario para trabajar. Yo ganaba bien en la embajada y los americanos me trataban bien.

Todos mis hermanos fueron a la escuela, estudiaron y consiguieron buen trabajo. Uno es licenciado en economía, otro es contador público y dos son contadores privados. Sólo yo y mi hermano Fermín no estudiamos, pues tuvimos que trabajar para sostener sus estudios.

En Churubusco (1940-1950) había muchos establos, mucha leche. En la calle de Héroes del 47 había un establo de una familia

de cantantes. De la calzada 20 de Agosto para acá era un campo grande donde los muchachos jugaban; había mucho lodo. No había milpas.

Éramos muchos vecinos (1940-1950), pero yo no era de muchas amistades; sólo trabajar y trabajar. En la acera de enfrente vivían los Ocegüera y los Castrejón también; ya estaban aquí las Alburquerque y otras personas que eran muy buenas personas.

En una casa era de donde acarreábamos el agua (1940-1950), porque tenía pozos mal escarbados, pero esas señoras tenían bomba. Yo, a las cinco de la mañana, ya andaba acarreándola.

Ortiz

Edad: 67 años

Fecha de nacimiento: 1929

Origen: col. Doctores, D.F.

Nací en la colonia Doctores en 1929; vine en 1940 a Churubusco, a la edad de diez años.

Mi papá era “camintero” y trabajaba en la construcción de la calzada de Tlalpan, que anteriormente se llamaba “carretera de Cuernavaca”. En 1938 comenzó a trabajar en la calzada. Entonces el centro de Churubusco, como estaba aglomerado en el mero pueblo, lo comenzaron a abrir; comenzaron a tumbar casas y todo eso para abrir la calzada de Tlalpan. Abrieron la calzada de ambos lados y el tranvía que iba del Zócalo al pueblo de Tlalpan quedó en medio. Entonces ya se comenzó a ampliar el pueblo, a colonizar más, a llegar gente de otros lados. Las casas las tumbaron y volvieron a hacer nuevas casas. O sea que se reformó casi todo, porque la gente llegaba, compraba, tumbaba las casas de los que habían vendido el terreno y comenzaban a levantar buenas casas.

Por donde ahora está Imevisión, estaba la bodega donde se guardaba la maquinaria que utilizaban: carros, revolvedoras, aplanadoras, petrolizadoras; todo lo de caminos. Entonces mi papá, con permiso del ingeniero, hizo una casa ahí para vivir.

Nosotros éramos seis hijos, mi papá y mi mamá. Aquí cursé mi tercero, cuarto y quinto año en la Escuela Melchor Ocampo, en Coyoacán. Los chamacos de aquel entonces éramos muy amigables; todos éramos palomilla. Jugábamos beisbol, futbol..., cuando granizaba jugábamos con el granizo y no nos pasaba nada.

Andábamos por diferentes colonias, Los Reyes, la Candelaria, San Francisco, la Atlántida; todas esas colonias las reconocíamos y las andábamos cuando éramos chamacos. También ayudaba a mi mamá a lavar trastes o aflojaba la tierra para sembrar maíz, calabaza, chayote.

Entonces en la colonia Churubusco (1940-1950) había milpas —que se supone eran de los nativos—, alfalfares, árboles de diferentes frutos, llanos, agua en abundancia, veneros. A los lados de las calles corrían zanjas que a veces traían peces y muchas ranas. Había lotes baldíos entre una casa y otra; la gente en sus casas tenía corrales de gallinas, pollos, guajolotes. De Xochimilco bajaba mucho pollo sabroso. Ahora, desgraciadamente, ya se acabó todo eso; ahora viene pollo de importación de Estados Unidos, pollo blanco, insípido, es lo que nos ha quedado

También había establos (1940-1950); se vendía leche hasta que se fue colonizando y se formó la cuenca lechera de Tizayuca; entonces se quitaron todos los establos y se llevaron las vacas. Donde están los Laboratorios Ciba existía, yo creo, una lagunita, porque llegaban muchos patos. Incluso después de que quitaron el “huacal” —un como castillo que estaba ahí—, venían muchos patos a quedarse ahí en los árboles, como de costumbre. Ya después, se fueron.

En 1947 empecé a trabajar en Calorex, una fábrica de calentadores que se encontraba en los llanos del Avante. Era ayudante y comencé a aprender; me hice oficial de soldadura para soldar tanques; ahí duré diez años. Después pasé a trabajar a una fábrica de carrocerías de autobuses (1958-1960), donde hacía la estructura de sus plataformas; ahí estuve hasta que me jubilaron. Había muchas esperanzas en la fábrica; el director de la compañía tenía mucho entusiasmo. Cuando llegué, la compañía era medio primitiva pero, después, se fue comprando maquinaria moderna: dobladoras, cortadoras, punteadoras, soldadoras y roladoras. Incluso teníamos máquinas soldadoras de microalambre.

Se comenzó a organizar la fábrica de Tultitlán, del Estado de México, en un perímetro bastante grande de un casco de hacienda. Venían los tráilers cargados con láminas, descargaban, entraban las motocargas, levantaban las láminas, las colocaban donde estaban las cuchillas. De ahí, los operarios las agarraban y cortaban las diferentes piezas de todas las partes del autobús. Entonces entraban las dobladoras, donde les daban su forma con cortes.

En todos los departamentos había unos rieles para colocar las diferentes piezas automotrices. De ahí las tomábamos nosotros para comenzar a armar nuestras plataformas y otros compañeros para armar los costados del autobús, el toldo o la parte de atrás donde entraba la *trabe* del motor, adelante, el piso del chofer y el parabrisas. Salían las plataformas que hacíamos nosotros y entraban a la línea de montaje en unas vías de rodillos que iban trasladándose a un tiempo. Silbaba el jefe de grupo, daba el tiempo, se *corba* todo y la unidad iba siguiendo. Entraban los enderezadores y los pintores a pintar la unidad de negro anticorrosivo..., y seguía su marcha, entraban los de varillaje e iban caminando a un tiempo; a un tiempo, todos los operativos. Entonces llegaba el momento en que le metían el motor, le colocaban el diferencial, el eje y las llantas. Luego los bajaban de los rieles y seguía caminando, le ponían las mancuernas de los asientos, los vestían con el toldo y, a los lados, con alfombra o algo de eso; así se iba hasta que, por fin, salía a terminación general, que era donde le daban los últimos toques e iban a la prueba de carretera con los inspectores de control de calidad; cada quien checando su parte: el motor, las llantas, las ventanillas..., todo se iba checando. Si veían que no tenía defectos, si no rechinaban o no tronaba, lo regresaban a la fábrica. Si existían desperfectos los arreglaban. Después salían a las líneas foráneas de varios estados que compraban los autobuses por adelantado o que venían a comprarlos con los dueños de las líneas y los permisionarios. Al final hicimos a la Ruta 100 varios carros; también hicimos trolebuses para la compañía de tranvías: los “articulados”, que son bastantes largos; casi son dos autobuses en uno. Llevaban una articulación en medio y miden como 15 o 17 metros de largo. Y así se iban entregando. A la fecha, esa empresa la privatizaron. A todo el personal nos liquidaron y ahora, creo que ya se la vendieron a uno de los señores Zabłudowsky que ahora están produciendo para la Ruta 100 esos carros. Hasta ahí me quedé yo. Los ejes los traían, primero, de Monterrey; pero algún defecto les vieron y los mandaron a traer de importación de General Motors (Estados Unidos), Cummings (Alemania), también los motores.

Entonces era una fábrica próspera, incluso nos adhirieron a DINA y el señor ingeniero Moscony, que era el director general de DINA, decidió vender Mexicana de Autobuses para, con ese dine-

ro, pagar las deudas de DINA y otra cantidad, invertirla en materiales para la fábrica. Actualmente DINA está trabajando y está produciendo mucho, incluso camiones de volteo, camiones de carga, de varios modelos. Ahora ya está volviendo a producir Mexicana de Autobuses, pero no sé a qué precio la vendieron, la privatizaron.

A nivel de la vida y, durante años, la cosa estuvo normalizada, pero ahora esta crisis nos está pegando duro. La crisis nos está cambiando todo, incluso a la gente misma; nos ha vuelto indiferentes, ya no somos los mismos. La gente ya no es ahora como antes; ahora se queda en lo suyo y ya. No vemos los unos por los otros, como debe ser una sociedad. Si el hombre se está olvidando hasta de Dios, como no se va olvidar de los vecinos.

María Juana Estrada

Edad: 60 años

Fecha de nacimiento: 1936

Origen: ciudad de México

Como a los seis años vine a Churubusco con mi madre. Mi madre era obrera; trabajaba en una fábrica de medias. Mi padre había muerto. Ella se ocupó de la familia y comenzamos a vivir con los abuelos. Mis dos hermanos menores murieron; después mi madre se volvió a casar.

Yo recuerdo que Churubusco estaba casi despoblado; había muchas zanjas y tule, una planta que crece muy larga. También sapos y ranas. Pero aquí no estaba ni siquiera emparejado; eran campos. Frente a la casa, hacia el norte, donde están ahora los laboratorios Ciba; había un casco como hacienda que nosotros llamábamos El Alfalfar porque había muchos sembradío de alfalfa.

Recuerdo que en los terrenos, aunque no fueran muy grandes, se podía cultivar porque la tierra era fértil. Mi abuelo sembraba maíz y nopales, chilacayotes y calabacitas. Y mi madre tenía sembrados árboles frutales, pues aquí se daban bien las higueras, membrillos, duraznos, perales y tejocotes.

En la mera esquina, frente a la iglesia de San Mateo, donde está ahora el negocio de venta y reparación de acumuladores, desde antes de que nosotros llegáramos, ya estaba la familia de don Manuel, quien perdió la vida porque lo atropelló un trolebús. También estaba ya la familia de Carmelita Jiménez, su mamá Anita

y su papá Julio. Aquí enfrente, del lado de Revilla y Pedregón y General Anaya había una casa muy bonita estilo porfiriano; estaba construida en escuadra, en medio tenía su jardín y, en su frente, sus balcones daban a la calle. Era una casa muy bonita.

Junto a esa casa vivía una señora que a mí me encantaba ver porque trabajaba en una carpa; se sentaba en el balcón a tocar las castañuelas y cuando me las prestaba, yo me ponía feliz. Ya vivían los señores Abarca, creo que también son descendientes de las familias fundadoras de Churubusco, y junto a la casa de la familia Abarca vivían dos señoras que todavía usaban enagua larga y se peinaban con sus trenzas. Ellas se dedicaban a hacer y vender tortillas. Más adentro del callejón, vivía la señora Mariquita y su esposo, don Manuel, que hacía los trabajos de plomería a los vecinos en las diferentes casas. Y, en este lado, donde yo vivo, estaba construyéndose la casa de la señora Rosaura, la mamá de Trini, Sonio, Paco y Salvador Ochoa.

La señora Mariquita le traía a vender a mi abuela el huevo fresco. Sabía riquísimo. Casi toda la gente tenía sus gallinas, pero a mi abuela se las robaron porque aquí todavía no había barda. También le robaron los guajolotes que estaban empollando. De tiempo en tiempo, alguien mataba un cerdo y uno iba que a comprar que las carmitas, que los chicharrones; también nos vendían la leche aquí a la vuelta.

Entre las familias había cierta solidaridad, cierta ayuda. Mis abuelos se llevaban muy bien con la familia Flores, con los papás de Julieta y Beatriz. Hacían una especie de cooperativa entre ellos, cuando estaban construyendo sus casas de mampostería. Si a mi abuelo le faltaba arena, pues se la facilitaban y él daba a cambio cemento. Si a la señora Rosalba se le terminaba la grava, mi abuelo le daba la grava y la señora le daba a mi abuelo varilla. Eran menos las personas que vivíamos aquí y entonces había más posibilidades de ayuda, de comunicación.

En esa época éramos amigas Coco, Elizabeth y Chelo, una chica que vivía en la vecindad donde estaba La Norteña, una tienda donde íbamos a comprar lo que necesitábamos. Nos gustaban las travesuras de la adolescencia y nos dio por el deporte; éramos las cuatro inseparables y nos decían "machorras". Nos íbamos a trepar a los árboles del famoso llano en donde ahora están los Laboratorios Ciba; nos encantaba andar de pantalones aunque era muy mal visto. A mi mamá varias veces le vinieron a decir que habían visto a su hija, una

jovencita que estudiaba en la Academia Moderna, vestida con pantalones y jugando con sus amigas fútbol o beisbol en el alfalfar. Las otras chicas más grandes que nosotras ya tenían otros intereses; se arreglaban, se pintaban; unas ya hasta trabajaban y tenían sus novios. Pero nosotras jurábamos que nunca nos íbamos a pintar ni a tener novio, aunque después cada una tenía su novio a escondidas de las demás. Entonces pasaba el tren por la iglesia de San Mateo; tenía sección de primera y de segunda; nosotras nos subíamos a la sección de segunda cuando el tren estaba caminando.

Entré a trabajar con un señor que vivía aquí enfrente y tenía un almacén de pinturas para coches en Lázaro Cárdenas. Tenía más o menos catorce años cuando mi mamá me llevó con él para que ya no fuera tan vaga. El señor me llevaba y me traía. Después, salí de la secundaria y estudié preparatoria. Cuando salí de la preparatoria, una amiga muy querida me metió a trabajar al Banco de México; ahí duré nueve años. En el banco nos animaban muchísimo para seguir estudiando y a mí me dio por el magisterio, en donde trabajé hasta mi jubilación.

Fernando González

Edad: 53 años

Fecha de nacimiento: 1943

Origen: Reforma Iztaccihuatl, D.F.

Mi familia rentaba una casa en la colonia Reforma Iztaccihuatl, mi padre era ebanista. Cuando yo tenía entre ocho y nueve años vinimos para Churubusco.

Este predio contaba ya con las piezas de enfrente de mampostería y las otras eran de adobe. No teníamos agua entubada, ni drenaje, aunque ya había estos servicios en el barrio. Existían todavía terrenos baldíos y establos. En las casas teníamos árboles frutales, brevas (higos), granadas, capulín, chabacano y duraznos. La vida (1952) era prácticamente igual a como es ahora: cada quien en sus negocios.

Junto a la gasolinera estaba una maderería y, adelante, en la calle de Juan Aguilar y López, la carbonería, pues la gente cocinaba con carbón o con petróleo que vendían en la esquina de Revilla y Pedregón.

De primero a tercero de primaria asistí a la Escuela Héroes de Churubusco, en avenida Hidalgo; empecé a trabajar como a los quince años en la ebanistería, pero me especialicé como barnizador. Cuando me casé, el mercado estaba en la calle de Paz Montes de Oca y Tlalpan; era un mercado ambulante al que asistía mi esposa para comprar verduras, chiles, ajos y cebollas.... a lo que alcanzara. En la tienda de la Cimsa se compraba la leche, el café y el azúcar.

No teníamos mucha relación con los vecinos y mi esposa convivió casi nada más con mi madre. A mi esposa le gusta tener sus plantas medicinales: manzanilla, naranjo, ruda, sávil, ámbar, romero y otras hierbas para limpiar al nietecito cuando tiene alteraciones.

Esperanza Cordero Olvera

Edad: 63 años

Fecha de nacimiento: 1933

Origen: Churubusco

Mi madre nació en Puebla; mi papá en Coyoacán. Mi padre era zapatero, reparaba y hacía zapatos para todos los que quisieran en la colonia, aunque su especialidad era la elaboración de zapatos para las personas que tenían problemas o defectos en los pies. Tenía sus moldes para hacer los zapatos, pues muchos lo buscaban; nada más le decían: “quiero un par de zapatos” y de qué manera y él se encargaba de hacerlos de piel y según la calidad que le pedían ponía el precio. El taller lo tenía en la calle Héroes del 47.

Recuerdo que en aquella época, Churubusco era muy bonito, uno vivía más desahogadamente y sin miedo porque no había tanta cosa como ahora. La mayoría de las casas eran de adobe, algunas con piedra; los techos de teja y otros con lámina. También existían caserones muy bonitos, con sus corredores grandotes. Había mucha fruta que sí se daba: peras, granadas, membrillos, manzanas, tejocotes, tunas y hasta nopales. Hacíamos dulce de membrillo con rajitas de canela.

Nosotros vivíamos en una casa de madera con cuartos desarmables, porque rentábamos el terreno. Entonces, cuando nos llegaba el día que nos despedían del terreno, pues alquilábamos otro terreno, deshacíamos los cuartos y los colocábamos en el otro terreno. Teníamos muchos cuartos y nuestra cocina grandota, por-

que en ese tiempo se usaban las cocinas grandes; había mucho terreno.

Algunos de los terrenos estaban cercados con nopales, con arbolitos de trueno para dividirlo a uno. Había muchas zanjas con flores y lirios acuáticos. Corría agua limpia, no drenaje de las casas; a veces hasta se llegaban a ver pececitos. En las casas teníamos fosas sépticas, todo muy limpio. El agua se extraía de los pozos. En tiempos de lluvia, en las zanjas se hacían ajolotes. El río Churubusco estaba muy bonito; se oía cómo corría el agua, que venía del acueducto de División del Norte.

Mi madre lavaba ajeno y cocinaba con carbón, que era lo que más se usaba; había una carbonería por el mercado y otra por la casa de Inesita. La mayoría de la gente hacía sus tortillas, pues teníamos allí molinos para el nixtamal. Mi madre nos hacía todos los días tortillas, pues la tortilla de antes duraba hasta ocho días, porque estaban hechas con buen maíz. Lo ponían a hervir con cal en la noche y al otro día lo enjuagaban y lo llevaban al molino. Los viernes compraba en el mercado de Coyoacán su verdura, su fruta. Tenía muchos animales; gallinas, guajolotes y conejos.

Cuando era tiempo de "verde", tiempo de aguas, íbamos al terreno de la gente conocida en el ejido, que nos invitaba a ir a cortar lo que uno necesitaba de entre las milpas de maíz: calabacitas, ejotes, chilacayotes, verdolagas, berros, quintoniles, flor de calabaza. ¡Ay, cómo comíamos berros con tomates!

El señor Pedro López nos daba fruta de su terreno porque tenía mucha amistad con mi papá; nos dejaba pasar para que nos lleváramos lo que quisiéramos: granadas, brevas (higos), tejocotes, manzanas. Porque hasta se le pudrían en el suelo. El tenía una tiendita de verduras en San Lucas, por donde está la vinatería. Otro señor muy amigo de mi padre tenía su establo y vendía leche. Le decía a mi mamá que fuera a las cinco o las seis de la tarde por la leche que le quedaba del día para que no se le echara a perder y nos daba a nosotros dos litros. A otras familias les daba también.

Raúl

Edad: 60 años

Fecha de nacimiento: 1936

Origen: Churubusco

Mi familia es originaria de San Mateo, pero de un barrio de Xochimilco. Yo nací aquí. Mi padre era obrero; trabajaba en la Papelera Coyoacán en el barrio de la Conchita. Ya la cerraron.

De que yo me acuerdo, esta parte donde está ubicada la iglesia es “el cerrito”; hacia el norte estaba poblado, pero hacia el sur era puro llano. Habían parcelas en donde se sembraba maíz, frijol, rábano, lechuga y nabo. Todos los nacidos aquí tenían sus parcelas.

La gente en aquella época era más amable; convivía por lo regular. Nativos de aquí quedan muy pocos. Nosotros rentábamos unos cuartos en la calzada de Tlalpan; era una especie de vecindad pero sólo de cuartos.

Estudí la primaria en la Escuela Andrés Quintana Roo, por Taxqueña. Sólo estudié primaria y primero de secundaria. A los siete años hice mi primera comunión, junto con otros jóvenes del rumbo, en la iglesia de San Juan Bautista en Coyoacán.

Antes, aquí en Churubusco, sí había dónde trabajar. Sobre Taxqueña estaba la fábrica Calorex donde se hacían calentadores; también el Club Campestre, que ya va a cumplir noventa años, daba empleo a la gente.

El río Churubusco era muy bonito; tenía en su borde árboles y el agua estaba semilimpia, porque ya corría toda el agua que bajaba de la Papelera de Contreras, de San Jerónimo y toda esa parte. Aquí dicen que se le quedó el nombre de Churubusco porque había mucho pájaro colibrí; estaba totalmente lleno de esos pajaritos.

José Juárez Flores

Edad: 60 años

Fecha de nacimiento: 1937

Origen: Churubusco

Mis recuerdos son de los años cuarenta para acá. En ese entonces, no había tanta gente; Churubusco era un auténtico pueblo. Todo el mundo se conocía y las tradiciones se respetaban.

Había muchas casas de adobe y otras como ahora. Entre 1939-1940 se amplía la calzada de Tlalpan, que antes era la calle Martínez de Castro y con ella se transforma totalmente Churubusco viejo. La ampliación fue más hacia las aceras del oriente, donde demolieron muchas casas. El centro estaba donde existía la parada de los tranvías; era la zona más poblada.

El predio de la casa de mis padres tiene más de ciento cincuenta años. Existe un documento que se llama "hijuela", que es lo que ahora conocemos como escritura. Esta casa era de piedra con habitaciones de adobe y bóveda catalana. El zaguán era de madera, un portón muy grande; las ventanas eran balcones y en la esquina tenía un local que fue una tienda de pueblo, donde se vendía de todo. No puedo decir exactamente lo que se vendía porque esto lo sé por tradición oral, por pláticas con mis tías. Esa tienda funcionó desde 1880, por ahí, hasta 1900. Mi abuelo murió a la edad de 97 años, el 10 de noviembre de 1910, diez días antes de iniciarse la revolución.

Mi abuelo fue terrateniente y mucha gente lo trataba de cacique porque sus propiedades iban desde donde están ahora los Estudios Churubusco hasta la iglesia de Mexicalzingo; lo que ahora es la colonia Country Club hasta Ermita Iztapalapa eran terrenos labrantíos. No sé qué se sembraba, pero se sembraba. De este lado, desde donde están los terrenos del Seguro Social —donde después fue un campamento zapatista— hasta la calle 20 de Agosto, era lo que se llamaba en la hijuela, barrio de Nonoalco y, por ahí, donde ahora está la Puritan, se llamaba La Alcantarilla. Así lo dice el documento.

Lo que ahora es el Country Club, todos esos terrenos eran de la hacienda La Purísima y los campos labrantíos de Churubusco. Yo conocí, en uno de los callejones de la Country Club, un terreno de labranza ya de propiedad privada, no de la hacienda, ni de ejidos. Sembraban mucho maíz del río Churubusco hacia acá y, llegando a 20 de Agosto, empezaba el alfalfar que cruzaba hasta acá (callejón General Anaya).

Había mucha zanja; primero de agua clara, después se utilizaron como cañerías. De aquí del Callejón hasta la calle de Revilla y Pedregón había una zanjita que se hacía más ancha en la calle de Juan Aguilar López, en donde había muchos tablones para pasar a

las casas. Era una acequia para regar terrenos; porque para acá adentro siempre estuvo poblado, desde que yo lo conocí.

Todas las casas tenían patios donde la gente criaba sus gallinas, conejos y sembraba algunos árboles frutales. Lo que más había en Churubusco eran higeras, membrillos, perones, duraznos y granadas, aunque no llegaban a ser huertos; sólo unos cuantos árboles en cada propiedad. Todas las casas tenían higueras; no había casa que no tuviera una.

Desde que yo recuerdo la gente se ha dedicado a diferentes actividades; no eran campesinos sino una población en proceso de integración a la ciudad. Los ejidatarios solamente eran algunas familias que adquirieron posteriormente terrenos en Santa Julia, en la CTM, pero la gente de aquí era mayormente pequeños propietarios, pero pocos agricultores. Trabajaban en otras partes, en el Centro... Aquí no había propiamente un centro de trabajo. Pasando el río Churubusco por Ermita Iztapalapa, donde ahora está un hotel nuevo, había una fábrica de lámina de cartón; recuerdo los tendidos de las láminas secándose al sol. También había una fábrica de velas. Pero no eran centros de trabajo de los que dependiera la población de Churubusco. Quizás, había una o dos gentes que trabajaran ahí. En la planta de luz trabajaban cinco empleados; en los tranvías habían dos o tres motoristas de Churubusco, como el señor Alcalá... Eso no quiere decir que era una población de tranviarios. ¿Qué existía aquí? Estaba muy diversificado el trabajo. Mi padre tenía una tlapalería; había también una tienda, una carnicería, una panadería y la planta de luz; la casa de los Escudero que eran unos baños públicos muy chiquitos, baños individuales. En 1942, mi primo puso la tienda Unión Nacional.

Desde 1940 hasta antes de la construcción del Metro, los cambios en Churubusco fueron paulatinos; los grandes terrenos se fraccionaron paulatinamente. Para mí, la población de Churubusco cambió con la construcción del Metro. Nos desconocimos; cambiaron totalmente las costumbres. Churubusco se dividió. Ahora desconozco totalmente aquel lado; ya nada tengo que caminar para allá.

Estudié parvulitos en un kinder oficial que estaba en Coyoacán y se llamaba Dolores Guerrero; todavía está ahí mismo, donde está la cancha Hidalgo. En ese kinder ya había, de 1942 a 1943, desayunos escolares. Cárdenas los introdujo. Recuerdo que mi

mamá me llevaba a la escuela ya desayunado y las maestras me decían: “tú te quedas aquí sentadito hasta que los niños terminen de desayunar y ya se metan a sus salones”. La primaria la cursé en la escuela de la Fundación Mier y Pesado; era una fundación completamente laica en la cual no se hablaba para nada de religión, pero tampoco se la atacaba. Ahora está en manos de padres maristas. En aquel tiempo teníamos que desayunar todos en la escuela. Después estudié en la secundaria número 13 y, cuando empecé a trabajar, fui a la secundaria en la noche.

Empecé a trabajar a los dieciséis años con un señor que me agarraba de secretario. Él se dedicaba a la compra-venta. Yo seguí estudiando y terminé la carrera de director de edición en la antigua Escuela Nacional de Artes Gráficas. La carrera que actualmente se designa con el nombre de ciencias de la comunicación. Me dediqué treinta y cinco años al trabajo de edición.

Churubusco ha sido un pueblo indolente en política; no ha habido fricciones entre gente de uno u otro partido político. ¡Qué bueno! Porque así estamos en santa paz. Se cuenta que en la época de la revolución, aquí en Churubusco, hubo mucha gente huertista. Donde ahora está la Fundación Mier y Pesado, estaba el sanatorio del doctor Urrutia, donde estuvo Belisario Domínguez; de allí lo sacaron al hospital de Xoco, donde lo mutilaron cortándole la lengua. La historia acusa al doctor Urrutia, el fundador del sanatorio, por lo que fue exiliado y murió en San Antonio, Texas.

Aquí ha habido gente inquieta, pero no hay próceres ni líderes; son modestas las historias de la gente. Antes era una auténtica vida de barrio, de pueblo, no habían disturbios de clases sociales. Yo tenía un amigo que vivía en una “ciudad perdida” que se encontraba en la avenida del Convento, en un baldío en la contra-esquina de la fonda El Tapanco. Ahí vivía un amigo de lo más pobre que conocí; su padre era bolero y su madre trabajaba en una tortillería de Coyoacán.

Había muchas pulquerías, siete u ocho, pero nunca hubo billares. Entre 1950-1960, los lugares de reunión que siempre estaban a reventar eran las pulquerías; también había una cervecería y un cabaret abierto al público, hasta que mataron a uno y lo dejaron tirado en la banquetta; fue entonces cuando lo clausuraron. Su permiso era de cervecería, pero fue un cabaret que se llamaba Salón Victoria; el populacho decía: “vamos a la Vicky”. La bebida que

vendían era chocolate con alcohol; con eso se embriagaban. Era un chocolate aguado, disuelto en agua, al que le echaban tequila o vaya usted a saber qué, pero ésa era la bebida. Por los años cuarenta, en donde está ahora El Tapanco, anteriormente estuvo otro cabaret-cervecería; estaba cerca de la “ciudad perdida”; fue también de mucho renombre; los otros lugares de reunión para la gente de Churubusco eran pocos: los campos de fut y beisbol en El Alfalfar y en Miguel Ángel de Quevedo y Tlalpan; el cine en Coyoacán y los días de fiesta en la iglesia. En cambio, Churubusco fue un pueblo pródigo en accidentes.

En una ocasión, la “góndola” se volteó. La góndola era una plataforma de tranvía que salía de Xochimilco cargada con cajas de verduras. Siempre pasaba por Churubusco a las cuatro de la mañana. Ese día venía *cuete* el motorista y se volteó. Un campesino, prácticamente se degolló; traía colgando la cabeza, pero logró caminar hasta acá en el callejón, donde murió. Cuando inauguraron la colonia Ciudad Jardín, vinieron dos camiones con trabajadores del Departamento de Distrito Federal que venían “en copas”, al dar vuelta, ahí donde estaba la glorieta, un camión se volteó y muchos murieron.

Los tranvías hicieron una matazón terrible. La hija de Ángel García, el sastre, se mató cuando se cambió la vía y se le quedó atorado un piecito. Aquí donde está ahora la taquería, había también, anteriormente, una taquería-tepachería; salió el taquero, atravesó y el tren lo atropelló. En la esquina de la calle de Revilla y Pedregón, a una niña de los Mier la mató el tren cuando iba cruzando la vía y se le atoró su bicicleta y el tren la mató.

Antonio Romero Araujo

Edad: 52 años

Origen: Churubusco

Mi padre y su familia fueron originarios de Churubusco; fuimos una familia muy extensa. La zona era de gente nativa y, hasta cierto punto, la mayoría tenían relaciones familiares entre ellos. Yo viví cuando se empezó a invadir la construcción de esta zona, cuando los dueños de los terrenos los fueron comercializando, de acuerdo con sus circunstancias, y vino el cambio muy grande.

Mi familia no era de las más pobres, pero sí de las de abajo; aunque la mayoría de los familiares tenían bastantes propiedades. Mi abuela tenía un terreno muy grande, desde Xicoténcatl hasta el río Churubusco. Había un huerto con higos, chabacanos, duraznos, uvas y también sembraban rábanos, lechugas y maíz. Había flores silvestres y otras que plantaba mi abuela. La casa era de adobe, dos de los cuartos tenían bóvedas y otros tenían el techo de lámina; había un pozo con bomba de mano.

El terreno tenía un depósito de maíz que era un cuadro de tres por tres, o cuatro por cuatro, que parecía un huacal; no recuerdo cómo se llamaba; estaba hecho con palos delgados, creo que de oate. Se levantaba a una cierta altura, para que la humedad no lo alcanzara a pudrir; se le daba cierta distancia entre palo y palo, para que entrara el aire y no se pudriera. De ahí se sacaba y se desgranaba. Recuerdo que con los olotes se hacían unas ruedas que se ataban con alambre y ahí se tallaban las mazorcas para desgranarlas; los granitos brincaban al costal.

En Churubusco había “baldíos” por dondequiera; sembraban maíz y alfalfa. No había casas en abundancia, sino bastante terreno para distraerse. Al grado de que, en mi caso, y en el caso de algunos de mis amigos, nos dedicábamos a andar en los baldíos y coleccionábamos insectos: mariposas de todos tamaños y jicotes, que es un animalito “tinto”, negro y amarillo, de aproximadamente un centímetro, familiar del escarabajo.

Las calles eran sencillas, como de provincia, con hoyancos y encharcamientos. Había zanjas que eran parte de una red de agua. Vestigios de lo que antes se le dio alguna utilidad, riachuelos que en algunas partes formaban ojos de agua. Uno de esos ojos de agua se encontraba entre las calles de América y Pensilvania. En río Churubusco y División del Norte había una zona donde las personas iban a lavar la ropa, que antiguamente se llamaba acueducto, porque esa parte tenía zanjas de un metro y medio de ancho entre ambos lados. En ese entonces, el río Churubusco tenía fluidez de agua, aunque ya empezaba a conducir aguas negras.

Lo que la gente cultivaba no lo vendía, por la misma circunstancia de que no había dinero en abundancia y tenían suficiente terreno que les daba la oportunidad de sembrar algo. Además tenían puercos, burros y vacas. Se entretenían en conservar todo lo que tenían. El trabajo que se hacía era rudimentario, pero la gente,

en realidad, era muy ordenada; no hacía las cosas al aventón. No despilfarraban tiempo ni dinero, y a todo lo que les rodeaba trataban de darle un provecho razonable. No había de que sobraba, ni pretensiones ni altanerías. La ayuda entre los vecinos era material y emocional; no había tanta confusión sino mucha sencillez. La gente que tenía ejidos sembraba su maíz; otros lo compraban. Ponían su maíz a hervir y lo molían algunas personas en el metate, para hacer sus tortillas. Había quien se dedicaba a hacer pan en hornos caseros, para vender en la zona, y otras personas hacían tortillas en sus casas para que la gente llegara a comprar, porque no había tortillerías.

También se hacían adobes. A mí me tocó hacer adobes y tengo una noción de cómo hacerlos. La adobera se hacía de madera y se escogía un lugar que fuera apto. La tierra era muy noble, porque donde se rascaba, se iba dando una superficie plana que se prestaba, porque estaba cerca del río; se juntaba la arcilla y se empezaba a amasar con los pies, duro y duro. Se buscaba, también, un azadón, que servía para voltear la proporción de arcilla, echarle agua y formarle un cierto cuerpo. A la arcilla se le echaba un poco de zacate o paja para que le sirviera de alma. Después se hacía... o había una circular, como red de alambre, que no sé de dónde la sacaban y se empezaba a llenar hasta que se rellenaba. Después se sacaba de la adobera, para dejarlos tendidos y secaran al sol, que los concentraba.

Yo fui a una escuela que estaba en Xicoténcatl, entre San Pedro y División del Norte, frente a una fábrica de láminas de cartón y al lado de una pequeña industria donde producían transformadores. En ese tiempo, Xicoténcatl era una calle de tierra, donde los encharcamientos eran diarios; no había banquetas. A esta escuela se le llamaba "particular", porque íbamos 12 o 13 niños nada más. Era en realidad el kiosco de madera de una casa, con sus macetones grandes. Entrábamos a las ocho de la mañana y salíamos a la una. Eran dos maestras, las clásicas maestras exigentes y enérgicas de esos tiempos. No había pupitres; eran sillas rudimentarias y se nos exigía una pizarrita del tamaño de un cuaderno y se nos daban gises. Las pizarras que tenían las maestras eran como caballetes. Para ir a la escuela cruzaba Aguas Potables —actualmente División del Norte—, que en ese entonces era un acueducto que traía a

las orillas muchas hierbas y, en parte, salían zanjas de riego. Nadie se imaginó lo que iba a ser después. En pláticas con mis tíos se hablaba de que nadie quería vivir en División del Norte, a pesar de que se vendía muy barato el terreno.

Mi abuelo, cuando fue bracero, se enfermó, y mi abuela tuvo que vender. Con esa venta se vino para acá, frente a la iglesia de San Mateo y compró cuatrocientos metros; con lo que le sobró, atendió a mi abuelo. Mi padre trabajó como técnico en la construcción de los Estudios Churubusco.

*Los Coras, Mitos del maíz de nuestros padres
y Del pueblo a la ciudad*

—con un tiraje de 1 000 ejemplares—

se terminó de imprimir en el mes de enero de 1999
en los talleres de la Dirección General de Culturas Populares,
Av. Revolución 1877, 6o. piso, San Ángel, México, D.F.

Diseño: Espacio Resuelto

El cuidado de la edición estuvo a cargo de
Yesenia Santiago López





Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



002954



 **CONACULTA**
CULTURAS POPULARES

CONOCE